

PERU: 1824

Brillante situacion de los realistas á principios de este año. Manejos para la entrega del Callao. Sublevacion de Moyano á favor del Rei. Monet i Rodil en estos fuertes. Elementos de discordia entre Laserna i Olañeta. Principio de su escision. Rompimiento con la Hera i Maroto. Grito de Olañeta contra la constitucion. Proscripcion de la misma por Valdés. Conferencias de ambos en Tarapaya. Nuevos motivos de disgusto; i nuevos pasos dados ácia la reconciliacion. Principio de las operaciones de Valdés contra su rival. Evacuacion de Potosí por este último. Valdés en Tarabuquillo exhortando á los soldados del bando opuesto. Rompimiento de las hostilidades. Contrastes de Carratalá. Ventajas de Valdés sobre una de las columnas de Olañeta mandada por Marquegui. Retirada de Valdés. Su victoria en la Lava. Su generosidad con los vencidos. Operaciones de Bolivar por el Norte. Distribucion de su ejército. Situacion del de Canterac. Desgraciada accion de Junin. Pronta retirada de los realistas. Ocupacion de los valles de Jauja por Bolivar. Llamamiento de Valdés en su auxilio, á cuya consecuencia quedó Olañeta en pacífica posesion del Alto Perú. Permanencia del ejército independiente en Huamanga. Viage de Bolivar á Lima. Sucre, general en jefe. Llegada de Valdés al Cuzco. Principio de la campaña á las órdenes de Laserna. Arreglo i número de sus fuerzas. Movimientos preliminares de una batalla decisiva. Planes para haber derrotado al enemigo en el rio Pampas i en Matará. Brillante accion en este último punto. Batalla desgraciada de Ayacucho. Reflexiones críticas. Capitulacion de los realistas. Preparativos del Cuzco para contener los progresos de los insurjentes. Nombramiento de Tristán por virei interino. Estravio general de la opinion. Sublevacion general de los pueblos. Malogro de toda medida de defensa. Entrada de los enemigos en el Cuzco, i sucesivamente en Arequipa, quedando dueños de todo el virreinato del Perú, menos del Callao, i sin mas enemigos que Olañeta en las provincias mas allá del Desaguadero. Salida de Laserna i demas gefes para Europa.

Se hallaba á principios de este año situado el ejército del Norte en el valle de Jauja con el cuartel general en Huancayo; parte de la caballería i un batallon á las órdenes del general Loriga ocupaban la provincia de Tarma; el regimiento de dragones de la Union á las órdenes del bri-

gadier Bedoya estaba acantonado en el distrito de Pampas; i el de igual clase Rodil, se hallaba situado en la costa cubriendo con una columna de infantería i caballería de 300 hombres el valle de Ica, i dominando el país hasta mas allá de Cañete.

Los asuntos públicos se presentaban á los realistas del modo mas halagüeño: el prestigio de dos años de victorias habia variado considerablemente la opinion á su favor; i su generoso i noble comportamiento, especialmente durante su mansion en la capital en el mes de julio anterior, i en cuantas ocasiones habian podido hacer alarde de su filantropía i grandeza de alma, formaban un visible contraste con los modales ásperos i desabridos de los colombianos i con las tropelías i estorciones causadas por los mismos gefes peruanos.

No es, pues, de estrañar que el partido del Rei se fortaleciese de dia en dia con nuevos adictos i conversos: el mismo Torre Tagle, primer gefe de la república, i Berindoaga ministro de la guerra, abrieron negociaciones con el general Canterac para reponer en Lima la autoridad real en todo su esplendor; i deseoso el primero de borrar completamente la mancha de su desleal conducta, ofrecia entregar las fortalezas del Callao i prestar á la causa del Rei cuantos servicios estuvieran á su alcance, arrojando con tan noble objeto toda clase de peligros i sacrificios.

Mientras que dicho Torre Tagle trabajaba por realizar sus promesas, se vió tremolar el pabellon español en las murallas de dichos fuertes del Callao del modo mas raro é inesperado: sublevada la guarnicion por el sargento Moyano, dando por pretexto de su primer pronunciamiento, su disgusto por el atraso de sus pagas, i por qué no se les facilitaban los medios de transporte para Chile i Buenos-Aires, á cuyos países pertenecia la mayor parte de aquellos soldados, fueron arrestados en 5 de febrero su gobernador el general Alvarado i los oficiales de la guarnicion, i puestos en libertad los prisioneros realistas i entre ellos el coronel Casariego, quien asociado en el mando con dicho Moyano, participó sin pérdida de tiempo tan importante suceso al general en gefe.

Desde el dia 15 en que llegó esta favorable noticia al cuartel general, se dieron órdenes al brigadier Rodil para que avanzase sobre el Callao, en combinacion con otra division que salió al mismo tiempo del valle de Jauja, mandada por el general Monet; cuyas fuerzas reunidas entraron el 29 en la citada plaza, en la que recibió este último su mando de manos del citado don Damaso Moyano, que fue nombrado coronel por el virei en premio de tan distinguido servicio.

El honor de este triunfo se debió en gran parte al infatigable celo que desplegó el teniente coronel don Isidro Alaix en el desempeño de la espinosa comision que le fue confiada préviamente por el brigadier Rodil para alimentar el fuego de los sublevados en los citados fuertes. Embarcado

Alaix en una mala lancha, i superando toda clase de obstáculos i peligros llegó á ellos con el carácter de gefe de estado mayor.

Como el alzamiento de los negros no habia tenido por objeto la reposicion de la autoridad Real, i sí el saqueo i el libertinage, i como habia sido preparado aquel feliz suceso tan solo por la buena disposicion de su gefe Moyano i por la firme elocuencia de Casariego, por medio de la cual supo persuadirles de que iban á ser todos sacrificados por el gobierno disidente si no se acogian bajo la proteccion de los españoles, se hallaba mui vacilante el nuevo dominio establecido por dichos Casariego i Moyano, cuando se presentó Alaix.

Los insurgentes de Lima, aunque mui descuidados en sus principios, se dedicaron finalmente á poner en uso todos los recursos del halago, de las promesas i del oro para volver los sublevados á sus banderas. Alaix debia hacer frente con solos 10.000 pesos (que habia llevado) á las intrigas de sus contrarios, que podian disponer de inmensas sumas. Se veia precisado por lo tanto á condescender con los caprichos i aun excesos de aquella soldadesca desenfrenada hasta que llegasen las tropas del Rei. Las mugeres i deudos de los oficiales presos agotaban todos los medios del cohecho i seduccion para hacerse un partido que contrarestase las miras de los españoles.

Influyó no poco en el malogro de las intrigas revolucionarias la acertada providencia de haber sido enviado Alvarado á Ica por disposicion de Alaix en el mismo dia de su llegada á los fuertes, asi como su precaucion en haber separado de los demas presos á los dos sugetos mas influyentes, que lo eran el desleal marino español Vivero, i el bullicioso abogado Lopez Aldana, i aun mas particularmente la feliz ocurrencia de dicho Alaix en haber intimado la rendicion á la ciudad de Lima á tiempo que los congresistas se hallaban discutiendo los planes de defensa; cuyos débiles individuos se llenaron de asombro i se entregaron á una precipitada fuga, luego que supieron que un gefe español estaba ya mandando en el Callao.

Los alborotos i alarmas se repetian sin embargo á cada instante; solo la presencia de Moyano serenaba aquellas borrascas, i templaba aunque momentáneamente el calor de las continuadas escenas de anarquía militar; mas no siempre ni en todas partes podia hallarse este hombre tan necesario en aquellas circunstancias. Casariego i Alaix vivieron en una zozobra no interrumpida hasta 14 dias despues de la llegada del segundo, que fue cuando se presentaron delante de dichos fuertes las tropas de Monet i Rodil. Mucho antes habria podido este último hacer su entrada en la plaza; mas no se hallaba competentemente autorizado para tomar sobre sí aquella grave responsabilidad.

Llegaron sin embargo á tiempo de afirmar el dominio del Rei: pero ya cuando se habian perpetrado las mas horribles tropelías, cuando ya los feroces negros habian saqueado todas las riquezas i preciosidades de-

positadas en aquel recinto, i cuando su vandálico espíritu de devastacion habia inutilizado cuanto estuvo al alcance de su furor sin que Moyano, Casariego i Alaix se atreviesen á corregirlos, por que seguramente les habria sido hartó funesta toda providencia que hubieran querido adoptar para remediar aquel horrible desórden.

El intrépido vice-almirante Guise desfogó su saña i despeche contra los buques que se hallaban bajo la proteccion de dichos castillos: mas estos impotentes esfuerzos no alteraron de modo alguno la pacífica i segura posesion que el citado Monet habia establecido en ellos.

La república peruana iba caminando á pasos agigantados ácia su ruina total: lo conoció el congreso, i bien penetrado de que en aquella grave crisis se necesitaban remedios violentos, concedió á Bolívar la dictadura absoluta para que sostuviera su moribunda causa. El ejército realista se componia á esta sazón de 18000 hombres, constituidos bajo el pie mas brillante de arreglo i disciplina, i poseidos de todo el orgullo propio de sus repetidos i gloriosos triunfos. De dicho numero correspondian 4000 á la division de Olañeta con las guarniciones de Santa Cruz de la Sierra i Charcas, 3000 al ejército del Sur, situado en Puno i Arequipa, 8000 al del Norte, 1000 á la guarnicion del Cuzco i 2000 se hallaban empleados en cubrir otras atenciones. Asi pues esperaba el virei abrir con 12000 hombres la campaña contra Bolívar, refugiado á aquella sazón en Trujillo, dejando los 6000 restantes para cubrir el frente de Salta, mantener la tranquilidad en el alto Perú i en otros puntos de la costa del Sur.

Todo concurría á llenar de alegría i confianza á los buenos realistas que daban por seguro su completo triunfo, por indudable el total aniquilamiento de la insurreccion en el alto i bajo Perú, i por mui probable la reposicion de la autoridad Real en los demas puntos confinantes, llegando sus buenos deseos hasta el punto de pensar en la estirpacion del génio del mal en toda la América del Sur, i aun tal vez de estender su influjo hasta la del Norte.

Estos grandiosos planes harán siempre honor á la valentía i decision de los gefes que los habian proyectado, aunque inesperados reveses los hayan malogrado. Si se considera la posicion de los negocios á principios de este año, no podrán ser censurados de estravagantes, en particular los de restablecer tranquilamente la autoridad Real en toda la vasta estension desde Guayaquil á Jujuí, á pesar de los embates de los confederados insurjentes, pues que todos habian sucumbido á las armas de Castilla, i el único que sobrevivía á tanta catástrofe era el obstinado Bolívar, i aun éste aislado en un pequeño punto de aquel vireinato, que si bien conservaba todavia de 4 á 6 mil colombianos i 4000 peruanos, estaban mui desalentados i desprovistos de recursos.

Si desde el principio se hubieran puesto en movimiento los 12000 hombres de que se ha hecho mencion, habria sido segura la ruina del ci-

tado Bolívar, en quien estaban apoyadas las lánguidas esperanzas de los mas despechados revoltosos; i con ella habria quedado enteramente concluida la guerra en estos paises; mas una imprevista borrasca, que se formó en las provincias del alto Perú, malogró el fruto de tantos sacrificios, i fue causa de que este reino se emancipase en el momento mismo en que iba á quedar asegurada su obediencia á la metrópoli sobre bases mas firmes é indestructibles que en tiempo de la conquista. La guerra civil que se encendió por aquella parte i que tuvo una trascendencia tan funesta en la suerte de aquel vireinato, nos obliga á detenernos á referirla prolijamente.

La armonía que se habia notado entre Olañeta i los gefes que reemplazaron la administracion del virei Pezuela, habia sido aparente, mas nunca franca i cordial: acostumbrados éstos, segun se ha dicho en otro lugar, á la táctica europea i á hacer la guerra con todos los elementos científicos que constituyen la fuerza de los ejércitos en Europa, parece que no pudieron ocultar aquella siniestra prevencion que llevaron al Nuevo Mundo contra los gefes i oficiales guerrilleros, en cuyo número se hallaba el citado Olañeta; i aunque los ilustres hechos é importantes servicios que prestó á la causa del Rei le hubieran reconciliado con los citados gobernantes, habia quedado siempre resentido de la falta de aprecio i consideracion con que pretendia haber sido tratado, i dispuesto por lo tanto á aprovecharse de la primera coyuntura favorable que se le presentase para desfogar su refrenado despecho.

Habia conservado asimismo Olañeta todo el tráfico i giro mercantil, cuya profesion egercia cuando sonó la trompa guerrera en el Alto Perú en 1810: todos los que habian mandado en aquellas provincias habian condescendido con esta inclinacion, tan agena de la carrera militar, con la esperanza de que por medio de los muchos agentes comerciales del referido Olañeta se tendrían, como en efecto se tuvieron, comunicaciones i avisos mui útiles á la causa que defendían. El virei Laserna la toleró asimismo, si bien mostró mayor desagrado que sus antecesores, i trató de ponerle algunas travas que agriaron considerablemente el ánimo de dicho gefe.

Conocia sin embargo la necesidad de sus servicios, i procuró suavizar lo amargo de alguna de sus medidas con particulares rasgos de generosidad i consideracion, con cuyo motivo le habia conferido el empleo de mariscal de campo en setiembre de 1823, i le habia confiado el encargo de pacificar las provincias de La Paz i Cochabamba.

Hasta el mes de diciembre de dicho año no habia marcado Olañeta con ningun acto positivo su desobediencia é insubordinacion; pero desde este momento parece se lanzó á obrar por sí solo, i tal vez ignorando él mismo el piélago de males en que iba á sumirse. Sin consultar al virei que se hallaba en el Cuzco, i sin ponerse de acuerdo con el general en gefe del

ejército llamado del Sur, situado en Arequipa, de quien dependia, salió de Cochabamba para Oruro, i continuó su marcha ácia Potosí, en cuya ciudad hizo su entrada en 4 de enero de 1824.

Aunque despues de haber verificado este movimiento lo comunicó á la primera autoridad del reino, pintándolo con todos los colores de urgentemente necesario para salvar dicho punto de Potosí de respetables fuerzas disidentes que lo amenazaban, estuvo mui lejos el virei de creer semejantes asertos, cuando tenia por imposible la existencia de enemigos por aquella parte en un momento en que los comisionados La Robla i Pereira habian formado la convencion preliminar con los disidentes de Buenos Aires, i cuando el brigadier Espartero estaba conferenciando en Salta con el general argentino Las Heras sobre la accesion del Perú á aquellos tratados.

Se hizo asimismo sospechosa la conducta de Olañeta cuando se supo que se habia llevado del fuerte de Oruro cuanto habia hallado útil en armas i provisiones, dejando escasísimas guarniciones en La Paz i Cochabamba, é interceptando la correspondencia, los auxilios metálicos i los reclutas que iban destinados al Cuzco.

Dando el virei por segura la defeccion de dicho general Olañeta ordenó directamente con fecha de 10 de enero á los gefes de los cuerpos de aquella division se pusieran en marcha para ciertos puntos designados, i al mismo Olañeta que saliera para Chichas con el batallon de este nombre i 200 dragones. Conoció entonces lo crítico de su posicion, i ya no titubeó en tomar una hostil iniciativa: viendo á la mayor parte de los gefes de dicha su division, dispuestos á obedecer las órdenes superiores, temió ser víctima del ódio que atribuia á sus émulos, i que iba á perder el mando que él deseaba conservar con tanto empeño como suponía que sus contrarios lo tuviesen para despojarle de él.

Para salir con honor de un lance tan apurado, le suministraron los acontecimientos políticos los medios mas oportunos, con los que esperaba quedar relevado de todo el cargo. Se habia publicado en todos los dominios de América en el año 20 el ominoso sistema constitucional, á virtud de órdenes terminantes enviadas por el gobierno de la península: seguia en esta época dicho sistema, i se obedecian sus fórmulas en cuanto no podian perjudicar á la pública tranquilidad. Asi fue, que ni se llevó á efecto la supresion de monacales, ni se permitió á las diputaciones provinciales el libre ejercicio que marcaba dicha constitucion, sin que sus providencias recibiesen la sancion del representante del Soberano.

Se notaron otras muchas relajaciones, i entre ellas la mas descarada, la de haber conservado en su destino de intendente de la provincia de Puno al mui digno americano don Tadeo Gárate que tantos servicios habia prestado á la causa de la Monarquía. Habia sido este benemérito realista uno de los 69 diputados que firmaron en 4 de mayo de 1814 la

representacion contra el gobierno constitucional, por cuya razon, i por principiar dicho escrito con la palabra *persas*, les fue dada esta calificacion á todos ellos por los corifeos liberales.

Eran terminantes las órdenes en aquella época para que dichos individuos fueran perseguidos con el mayor rigor: lejos, pues, de proceder contra el referido Gárate, fue conservado en su empleo, i tratado con la misma consideracion i aprecio que bajo el gobierno legítimo, formando este individuo i el obispo de la Puebla de los Angeles en Méjico las dos únicas escepciones á la terrible lei de proscripcion, en la que se hallaban comprendidos.

No es nuestro ánimo entrar en pormenores minuciosos sobre las opiniones políticas de los que defendian la autoridad real en América; i si nos detenemos en dar algunas aclaraciones concernientes á los gefes del Perú, es con el objeto de arrojar mayor claridad sobre las discordias suscitadas entre Laserna i Olañeta.

Estamos, pues, mui distantes de dar una calificacion absoluta á los referidos gefes, si bien la conducta observada por los mismos, los informes que hemos podido recoger por varios conductos, i aun el mero hecho de haberse presentado todos con ciega confianza á los pies del Trono, son otros tantos comprobantes de que sus acciones han sido irreprehensibles. No podemos por lo tanto disimular que nuestra opinion les es favorable, i aun nos atreveremos á sentar como principio fijo de verdad, que el liberal mas exaltado, trasladado á cualquiera de los puntos de América, dejaria de serlo, si tenia un regular entendimiento i deseos de sostener el dominio español.

Si los mismos que dictaban las leyes constitucionales, i que se mostraban los mas ardiente sostenedores de lo que consideraban como fruto de su estraordinaria sabiduría, hubieran podido examinar por sí mismos el estado de los negocios en América i enterarse bien de los intereses locales, es bien cierto que habrian dado un giro mui diverso á su espíritu de innovacion, i habrian detestado la precipitacion con que promulgaron sus primeros decretos que fueron los rayos abrasadores de la paz i prosperidad americana. Nos abstendremos, pues, de estender nuestras reflexiones en este capítulo, por que ya hemos tenido ocasion de manifestar en otros las mismas ideas.

Sea como quiera, el general Olañeta se figuró que los gefes del Perú, especialmente los que habian llegado á América despues de la guerra de la independencia eran adictos á la constitucion; i aun llegó á figurarse que no reconocerian al Monarca legítimo restituido á la plenitud de sus derechos. Arrebatado, pues, de un celo inconsiderado; bien informado asimismo por algunos de sus agentes que residian en las provincias del Rio de la Plata de la próxima ruina de los revolucionarios de la península, i halagado al parecer con las noticias publicadas por los periodistas

de Buenos-Aires, de que la Regencia española le habia conferido el título de virei de Buenos-Aires, confirmadas por una falsa correspondencia que introdujo furtivamente en la costa el aventurero Miller en su viage desde Valparaíso á reunirse en Trujillo con Bolívar; i finalmente seducido el ánimo del referido general Olañeta por algunos individuos de su misma familia i por falsos amigos, cuya adhesion al sistema de la independencia se vió acreditada con haber recibido sucesivamente toda clase de honores i distinciones de aquel gobierno ilegítimo, se atrevió á dar el golpe fatal de entrar en abierta escision, i de romper las hostilidades contra sus mismos compañeros de armas.

Aunque hemos sido unos constantes panegiristas del distinguido mérito de Olañeta i justos apreciadores de los importantes servicios que prestó á la Monarquía desde el año de 1810, nos vemos sin embargo precisados por el espinoso deber que nos hemos impuesto de ser justos é imparciales, sin mas consideracion que á nuestro íntimo i leal convencimiento, formado por el profundo estudio sobre esta controversia tan agitada i sostenida por robustos campeones de una i otra parte, nos vemos, pues, precisados á desaprobacion esta escision, las causas que fueron alegadas para empezarla, i los medios de que se valieron ambos partidos para sostenerla.

Repetimos lo que ya tenemos dicho en otro lugar, de que la opinion del historiador no pasa de ser la de un particular, quien por mas laudables que sean sus fines, i por grande que sea su esmero en inquirir la verdad, jamas podrá aspirar á establecer un grado de creencia esclusiva: esta idea i la de que nuestros asertos no puedan irrogar perjuicio aun á las personas mas quisquillosas que reciban como ofensas las señales de nuestra desaprobacion en el desarrollo de este complicado caos, nos animan á esplicarnos con mayor claridad i franqueza.

Si bien hemos indicado nuestra oposicion á los primeros movimientos de Olañeta, debemos manifestar asimismo que tal vez una conducta mas circunspecta de parte de los nuevos gefes del Perú habria podido evitarlos. Es innegable que estos desde que arribaron á las playas de aquel vireinato empezaron á chocar con los oficiales i soldados del pais, que estaban cubiertos de cicatrices adquiridas en el campo del honor. La arrogancia con que se presentaron á ejercer las funciones á que habian sido destinados desde la península; el desprecio con que miraron á dichas tropas, que suplían con una inimitable bizarria la falta de aire marcial i la escasez de conocimientos científicos; las reformas i variaciones que hicieron en todos los ramos de la administracion i régimen militar, aunque fueran en sí arregladas al arte de la guerra, crearon sin embargo una acedia en los ánimos, que se perpetuó hasta que unos i otros fueron víctimas de su recíproco resentimiento.

Mas de una vez hemos indicado estas tristes verdades. La salida del general Ramirez del Perú, debe ser atribuida mas bien á estas causas que á la debilidad de su salud. No dejaron de influir las mismas en la deposicion del virei Pezuela, porque tal vez con mayor armonia i con menos elementos de oposicion i discordia no habria progresado tanto el espíritu de insurreccion, i los negocios del Perú no habrian presentado un aspecto tan triste á fines de 1820.

Empero concretándonos á la cuestion de Olañeta, no podemos aprobar su arbitrariedad en emanciparse de la autoridad suprema, reconocida por el gobierno que entonces regia en la península, i respetada por él mismo i por todas las corporaciones i por todos los pueblos que no habian sido contaminados por el pestífero aliento de los *sediciosos*. Un crimen, un vicio, un defecto, aunque tenga todos los caractéres de odioso i reprehensible, nunca podrá servir de pretexto para que se cometa otro á su nombre, ni le presta género alguno de autorizacion.

Aunque Olañeta reconociese al virei Laserna por un intruso, nunca tenia derecho para rebelarse contra él, desde el momento en que aquel fue reconocido por todas las corporaciones, á menos que no estuviera escudado con órdenes superiores. El simple recelo de que el Soberano español no fuera proclamado en el Perú con todos los atributos de su alto poder, no era suficiente motivo para haber suscitado una guerra civil, cuyos efectos lejos de ser útiles al designado objeto de su admiracion i respeto, habian de ser indudablemente los de desprender de su corona una de sus perlas mas preciosas.

Si el general Olañeta no se hubiera ofuscado por sus ardientes sentimientos de entusiasmo i de vehemente adhesion á nuestro augusto Monarca, habria podido convencerse de la imposibilidad de que los gobernantes del Perú dejasen de reconocer con la mas sumisa voluntad sus reales mandatos, aun en el caso de suponer en dichos individuos un espíritu de contrariedad, que estamos mui distantes de conceder, i cuya idea han desvanecido ellos mismos completamente con su arreglada conducta. ¿Podia haber alguno de ellos tan insensato que creyese de posible ejecucion crear un gobierno independiente de la península, i estar al mismo tiempo en lucha con todos los disidentes americanos? ¿Podia ocultarse aun al hombre de raciocinio mas oscuro que un poder de esta especie habia de ser destruido á los pocos dias por las mismas tropas i pueblos, para los que el único estímulo que los habia conducido por la carrera de la fidelidad era el prestigio de un brillante trono? Creemos por lo tanto totalmente desprovistos de fundamento los temores que aparentó el general Olañeta, i no menos inconsistentes i descabelladas las acriminaciones que se hicieron sucesivamente al virei Laserna sobre erigir un imperio desde Tumbes á Tupiza, copiando los mal meditados planes que tan injustamente se habian atribuido á los beneméritos generales Abascal i Goyeneche.

Olañeta, sin embargo, se obcecó en su opinion respecto á los ambiciosos fines de sus rivales, i determinó romper abiertamente con ellos. Los primeros con quienes llegó á las manos fueron los generales La Hera, gobernador de Potosí, i don Rafael Maroto, comandante general de la provincia de Charcas. La escision con La Hera fue tanto mas sensible cuanto que hasta aquella época habian vivido ambos en la mayor armonía, i aun en la reciente campaña habia servido este de segundo del referido Olañeta con la mayor aceptacion del mismo. Parece que llegó á persuadirse de que dicho La Hera i el general Maroto se habian combinado para derribarle del mando, cuya aprehension adquirió nuevos grados de fuerza cuando se recibieron las órdenes del virei para desmembrarle sus tropas.

En cumplimiento de las mismas habia formado La Hera en 22 de enero las dos únicas compañías que tenia de guarnicion en Potosí para emprender su marcha en direccion de Oruro cuando se pusieron sobre las armas los dos cuerpos de Olañeta, titulados de la Union i Chichas, que tenian situados sus cuarteles en aquellos alrededores se suscitaron algunas contestaciones que llegaron á tomar un carácter serio á causa de la viveza i fogosidad de ambos contendientes. La Hera se encerró con su tropa en la casa de moneda, cuyo recinto fue asaltado por las de Olañeta i rendido á las mui superiores fuerzas que éste conducia, mediante una capitulacion ajustada en el mismo dia, por la que se permitia al primero su salida para Oruro con las armas i municiones correspondientes á sus soldados, con 10.000 pesos en metálico i con 100 mulas para conducir sus efectos.

Este primer rompimiento, que causando una baja mui considerable en las tropas de La Hera i tan solo la de un hombre herido en las de su competidor, probó que habia sido mas decidido i furioso el ataque que la resistencia, fue el anuncio fatal de la guerra civil que iba á devorar aquellas provincias.

A consecuencia de este funesto triunfo conseguido por Olañeta se dirigió contra el general Maroto, quien reconociéndose mui inferior para sostener el combate, juzgó mas prudente retirarse i ceder aquella provincia sin efusion de sangre. Entre Olañeta i Maroto existia un inveterado encono i animosidad, cuyos elementos habrian producido escenas mui sangrientas si el segundo se hubiera obstinado en defender la ciudad de la Plata: fue por lo tanto en esta parte mui laudable aquella resolucion, i así pudo su contrario colocar sin oposicion alguna á la cabeza de la provincia á su cuñado el coronel retirado don Guillermo Marquiegui. Su hermano don Gaspar habia sido nombrado poco antes gobernador de Tarifa; su sobrino don Casimiro, que era agente fiscal de aquella Audiencia, obtuvo el empleo de secretario privado; el doctor Usin fue elegido para auditor; el doctor Orcullu fue colocado en dicha Audiencia, i fueron concedidos los destinos de mayor importancia á otros sujetos, que del mismo

modo que los tres últimos no gozaban de la mayor confianza en la carrera de la lealtad.

A pesar de estas apariencias tan poco favorables al general Olañeta estamos distantes de creer que tales alteraciones fueran dirigidas por otro espíritu que por el de asegurar su triunfo sobre los que suponía que fuesen enemigos del Rei sin calcular que huyendo de *Scila* iba á estrellarse en *Caribdis*. Comprometido ya este general i sus tropas, era preciso llevar adelante su arrojada empresa, valiéndose de toda clase de arbitrios para constituirse en un pie respetable i burlar todos los esfuerzos que temía de parte del virei.

El depósito de oficiales prisioneros que halló en la referida ciudad de la Plata le ofreció considerables refuerzos incorporando á sus filas una porcion de ellos i dando libertad á los demas. La adhesion á los nuevos planes de Olañeta de parte del gobernador de Santa Cruz de la Sierra, don Francisco Aguilera, era un objeto de suma importancia para que dejase éste de solicitarlo con todo el empeño que era propio de las circunstancias en que se hallaba; i no fue por lo tanto menor la satisfaccion i alegría cuando lo hubo conseguido. Una vez lanzado en esta poco honrosa palestra era preciso desplegar todo su genio i actividad para sostenerla: fue en su consecuencia uno de sus preferentes cuidados colocar á la cabeza de los cuerpos sugetos de toda su confianza, i grangearse nuevos amigos i partidarios con la proligacion de grados i distinciones.

Habiendo recibido á este tiempo por la via de Buenos-Aires noticias positivas sobre la restauracion de nuestro augusto Monarca á la plenitud de sus derechos, i el decreto de 1º de octubre firmado por S. M. en el Puerto de Santa María, resolvió desenvolver libremente sus planes de oposicion contra las tropas del virei, i publicar tan plausibles sucesos proscribiendo en el acto la aciaga constitucion i jurando sostener los imprescriptibles derechos de tan augusto Soberano. Se celebró en la ciudad de Charcas en 21 de febrero este acto solemne, que justificaba aparentemente aquella escision, si bien habia principiado mucho antes que hubiera podido tener conocimiento de la importante variacion gubernativa que se habia hecho en la península.

El general Valdés, que habia sido encargado por el virei de sofocar aquella insurreccion, i que habia ya emprendido su marcha contra Olañeta, supo en Caracollo la abolicion que acababa de hacer dicho gefe del sistema constitucional en Charcas; i no siéndole de modo alguno repugnantes estas disposiciones escribió al citado Olañeta manifestando que si su amor al gobierno absoluto de S. M. le habia inducido á tomar una hostil iniciativa contra los gefes del Perú, i no sus discordias con La Hera i Maroto como el se habia figurado, esperaba que mui pronto quedaria dirimida aquella contienda, pues que tanto las tropas que conducia dicho

Valdés como todas las que defendían los Reales derechos en todo aquel vasto vireinato estaban prontas á proscribir la constitucion, ofreciéndose el primero á ejecutar aquel acto tan conforme á sus ideas en el término de nueve dias que eran necesarios para someterlo á la aprobacion del virei.

Pero como los momentos fuesen preciosos i mas ardiente todavía el anhelo de Valdés en estrechar cordialmente en sus brazos á sus antiguos compañeros de armas, arrebatados por el inconsiderado celo de unos, i por la malignidad é intriga de otros, abrevió los términos del plazo fijado, i se resolvió á proclamar por sí mismo la autoridad ilimitada de nuestro amado Soberano, en el dia 29 del mismo febrero, i á los ocho de haberlo ejecutado Olañeta.

Aprobada esta disposicion por el citado virei, i habiéndola hecho estensiva á todas las tropas de su mando, se figuró ya que iba á quedar despejado de nubes el horizonte político, i á verificarse una perfecta reconciliacion entre todos los amantes del rei para dar nuevos dias de gloria á sus armas; pero el fuego que habia encendido el génio de la discordia, habia tomado demasiado incremento para que pudieran cortarse sus estragos por los medios de la dulzura i de la política.

Valdés propuso una entrevista á Olañeta, á la que éste accedió fijando el punto de Tarapaya para celebrarla; mas cuando se hallaba á una jornada del punto citado recibió comunicaciones relativas á manifestar su desconfianza de que pudiera producir resultado alguno la conferencia proyectada puesto que él estaba resuelto á no ceder al virei el mando de las provincias i tropas que se hallaban al Sur del Desaguadero. No se desanimó sin embargo Valdés por este inesperado contraste, ni desistió de su intento de hacer efectiva la deseada entrevista, la que obtuvo finalmente á fuerza de instancias i por mediacion del coronel Pacheco, que se hallaba al lado del citado Olañeta.

Apoyado este gefe en el ya mencionado decreto de 1º de octubre, sostenia que quedando abolido todo cuanto se habia hecho en tiempo del gobierno constitucional, cesaba de ser virei el general La Serna, i generales de los ejércitos del Norte i Sur Canterac i el mismo Valdés, pues que todos habian recibido tal investidura en aquella época; que por lo tanto se erigia dicho Olañeta en gefe principal de todas las provincias del Alto Perú, ofreciendo sin embargo reconocer provisionalmente la autoridad de La Serna en el vireinato de Lima, siempre que éste reconociese la suya en el territorio designado.

Hé aquí una de las muchas discordias en que repetidas veces han estado envueltos los gefes realistas con visible detrimento de los intereses del Soberano, en cuyo obsequio debieran haber sacrificado todos sus resentimientos i privadas pasiones. Mas noble aparece á nuestro entender la primera parte de esta desunion que la segunda: aquella pudo tener origen en los vehementes sentimientos de destruir un sistema de gobierno

tan odioso, que atropellando los sagrados derechos del Soberano sumia la Nacion en un abismo de males i desgracias; en ésta se traslucen algunos impulsos de ambicion, al favor de los cuales se reconocia un poder que, sin ellos, se consideraba como nulo é ilegal.

Si aun el primer pronunciamiento fue impolítico i mal calculado; así como lo hubiera sido si los verdaderos realistas peninsulares de los años 1812 i 1813 hubieran vuelto contra los constitucionales las armas destinadas á asegurar su independencia contra el ambicioso dominador de Europa, todavía presenta un flanco mas descubierto la continuacion de aquel empeño bajo bases tan poco sólidas, en las que se consultaba mas la seguridad personal que el verdadero pundonor é interés por la buena causa.

Aunque no debieron ocultarse estas mismas reflexiones á los gefes del Perú, eran sin embargo tan ardientes sus deseos de cortar la guerra civil que accedieron á dicha transacion, esperando recibir mui pronto órdenes é instrucciones del gobierno legítimo, que disipasen completamente las negras i densas nubes que ofuscaban el firmamento político.

Manifestó en el entretanto el general La Serna sus deseos de despojarse del mando luego que supo el referido decreto del Puerto de Santa María; mas como fuese el general mas antiguo, el designado por el pliego de providencia para ocupar aquel puesto, á falta de su antecesor, i el único que reunia la opinion general, recibió de todas las corporaciones eclesiásticas, civiles, militares i políticas, representaciones las mas enérgicas i espresivas del voto general pronunciado por la conveniencia i necesidad de que continuase al frente del gobierno hasta que llegasen las órdenes de la corte de España. En virtud, pues, de este espontáneo pronunciamiento adquirió toda la legitimidad que era dable en tales circunstancias.

Reposando Valdés sobre las garantías del referido tratado de Tarapaya hizo retroceder las tropas que marchaban sobre Potosí, i mandó que su caballería regresára á Arequipa, dirigiéndose él en persona ácia los valles de la Paz, para restablecer en ellos la tranquilidad turbada por algunos caudillos; en cuya expedicion contrajo una aguda enfermedad que puso en el mayor riesgo su vida.

Cuando ya se creía que Valdés i Olañeta hubieran depuesto todos sus resentimientos en obsequio de la causa realista que requería la mas cordial i activa cooperacion para destruir al osado emprendedor colombiano, que fortalecido con nuevos ausilios recibidos de su pais i con tropas levantadas en la provincia de Trujillo, amenazaba al ejército de Canterac, situado en los valles de Jauja, se vieron de nuevo en agitacion i desórden las furias infernales sobre la antigua frontera de ambos vereinatos.

Algunas arbitrariedades de Olañeta, poco conformes con el ya citado convenio; los preparativos que hacia para abrir una nueva campaña, aumentados tal vez por hombres mal avenidos con el sosiego que hacen del

chisme i de las delaciones la materia de su mérito, crearon la mayor alarma en el ánimo del todavía convaleciente Valdés, i por consiguiente en el del virei á quien fueron trasmitidas.

Instó de nuevo este celoso gefe para desarmar con la dulzura i el exhorto el brazo de Olañeta; comisionó en 4 de junio al intendente Gárate para que empleando cerca del mismo su antiguo influjo i ascendiente le hiciera ceder á la intimacion de que debia ser portador, dividida en cinco artículos, cuyo sentido principal se reducía á mandarle comparecer en el Cuzco, del mismo modo que á los generales Maroto i La Hera, para ser juzgados por sus disensiones, ó pasar á la península á dar cuenta de su persona con todos los individuos que quisieran seguirle ó que no gustasen continuar en el servicio, entregando el mando de aquellas provincias i ejército al general en gefe don Gerónimo Valdés, ó á quien éste delegáre; prometiendo asimismo, que nadie seria molestado por sus opiniones i conducta anterior, i amenazándole con la fuerza que dicho Valdés tenia á su mando si se obstinaba en una criminal resistencia á estas órdenes terminantes.

Parece que el circunspecto La Serna trató de quedar relevado de todo cargo si la fuerza de los sucesos le obligaba á desenvainar la espada contra sus propios hijos; i á este fin consultó al fiscal i al asesor del vireinato sobre si marcaban las leyes de Indias los casos en que podia adoptarse aquella violenta medida, i si en el presente podia hacerse justificable para someter la voluntad de Olañeta; i como ambos letrados hubieron contestado afirmativamente con citacion de las leyes en que se apoyaban, dió al espresado Valdés las instrucciones para que no fueran ilusorias sus intimaciones, apenas supo que el intendente Gárate se habia escusado á admitir tan espinosa comision, ya fuese por verdadera falta de salud é inhabilidad para hacer aquella marcha, ó porque creyese no sacar fruto alguno de su oficiosidad i celo. Exaltada al último grado la irritacion del citado Olañeta con estos despachos, escribió al espresado Valdés con fecha de 20 del mismo mes de junio en los términos mas picantes é injuriosos, que indicaban su invariable resolucion de rechazar la fuerza con la fuerza.

Ya desde este momento se hizo inevitable la guerra civil: las tropas de Valdés trataban á las contrarias de sediciosas i rebeldes: las de Olañeta designaban á sus competidores con otros dictados igualmente afrentosos. Ambos ejércitos, sin embargo proclamaban a nuestro augusto Soberano; ambos estaban resueltos á derramar su sangre en su servicio; pero la obcecacion i el error les habian hecho equivocar el camino, i conducian la nave del Estado al precipicio.

Habiéndose, pues, agotado todos los recursos del ingenio i de la política para que Olañeta desistiera de su furioso empeño, salió Valdés de Oruro con dos batallones de Gerona, el segundo del Imperial, i el primero

del primer regimiento, tres escuadrones de granaderos de la Guardia, el de granaderos de Cochabamba, i dos piezas de montaña. Al llegar á las inmediaciones de Vilcapugio, sobre el camino de Potosí, supo que Olañeta se hallaba con una parte de sus tropas en esta villa, el coronel Marquiegui con otra en la ciudad de la Plata, teniendo á su lado, en clase de segundo, al comandante don Francisco Valdés (alias el Barbarucho), i que las demas, hasta el completo de 4000 hombres, se habian adelantado desde Santa Cruz de la Sierra hasta las fronteras de Cochabamba al mando del brigadier Aguilera, i ocupaban parte de aquella provincia.

Dejando Valdés el camino de Potosí á un lado, se dirigió sobre el partido de Chayanta, cuya operacion le ofrecia la doble ventaja de batir separadas las tropas de Chuquisaca, i de cortar por su centro la línea de Olañeta, con cuya maniobra no podia éste permanecer en Potosí. Los resultados hicieron ver el acierto con que fue concebida i ejecutada la indicada combinacion. Esta campaña, que fue una de las mas activas, penosas, i sangrientas hace por la parte militar el mayor elogio del general que la dirigió, si bien la circunstancia de haber sido desempeñada contra soldados que tenian la misma divisa, hizo que se considerase mas bien como una calamidad, i de ningun modo un título de gloria para los que vertieron en ella tanta sangre i emplearon tantas penalidades i sacrificios.

Viendo el general Olañeta amenazado su flanco derecho i retaguardia por el indicado movimiento de Valdés, abandonó la villa de Potosí llevándose los fondos del banco de rescate, é inutilizando las máquinas de la casa de moneda para que sus enemigos no pudieran sacar ningun fruto de estos establecimientos. El general Carratalá, que habia sido destacado sobre dicha villa, tomó posesion de ella al mismo tiempo que Valdés ocupaba la ciudad de Chuquisaca, que habia sido abandonada cuarenta i ocho horas antes. Dejando este general por presidente de la audiencia al brigadier Vigil con unos 100 hombres emprendió de nuevo su movimiento sobre una de las columnas de Olañeta que se retiraba en direccion del partido de la Laguna al mando del Barbarucho, i logró alcanzarla á los cuatro dias; Marquiegui corrió mucho riesgo de caer en poder de las tropas de Valdés por haberse pasado á ellas el escuadron denominado dragones de la Laguna al mando del teniente coronel Rivas, al que trataba de incorporarse.

Continuando Valdés su movimiento alcanzó en Tarabuquillo á la retaguardia de la columna del citado comandante Barbarucho: deseoso de evitar la efusion de sangre se adelantó con un ayudante i dos ordenanzas á arengar á los soldados del bando opuesto esperando arrancarles de las manos con su militar elocuencia el cuchillo fratricida. La impresion que empezaba á hacer esta arrojada resolucion en el ánimo de aquellas tropas, de las que una compañía de infantería i 25 caballos se habian rendido ya al exhorto de Valdés, llenó de alarma i furor á su antagonista el Bar-

barucho, quien puesto á la cabeza de una compañía de granaderos se dirigió contra dicho general, sobre el que mandó hacer una descarga de la que debieron haber muerto los citados cuatro individuos si los soldados no hubieran dirigido mui bajos sus fuegos con todo estudio; cuyas inevitables resultas fueron las de quedar muertos en el acto los caballos de Valdés i de su ayudante, i heridos los de las ordenanzas i una de éstas.

Al ver la ingrata recompensa que recibia dicho Valdés de sus esfuerzos por cortar la guerra civil, voló en su auxilio una de sus compañías de caballería que se hallaba la mas inmediata, á cuya consecuencia se retiraron los contrarios á la cima de un cerro que tenian á la espalda. En tanto que llegaba el resto de las tropas de Valdés se dedicó este general á escaramucear con algunas de sus partidas; i apenas se vió reforzado por las compañías de granaderos i cazadores de los batallones de Gerona, travó una accion de las mas sangrientas que duró desde medio dia hasta la noche, i que costó la sensible pérdida de 500 á 600 hombres de uno i otro partido; i si bien fue menor la de Valdés, no dejó de ser sensible en estremo por haber perdido en ella una porcion de valientes europeos que formaban el nervio de sus cuerpos.

Viendo el Barbarucho el descalabro de sus soldados, se aprovechó de la oscuridad de la noche para retirarse en busca de Olañeta con el que se reunió en el rio de San Juan. El resultado de esta refriega fue quedar cortada la comunicacion entre estas tropas i las de Aguilera; ambos gefes temian sucumbir al esforzado brazo de Valdés, i estaban por lo tanto en la mas ansiosa expectativa. Conociendo este general la apurada situacion de dichas divisiones, esperó sacar mas partido de sus negociaciones que de sus movimientos hostiles; á este objeto comisionó al campo del citado Aguilera á su ayudante don Diego Pacheco, i al canónigo de Chuquisaca don Julian Urreta. La política de estos dos sugetos habia principiado á conmover el ánimo del referido gefe, cuando noticioso de que las tropas de Valdés se dirigian contra Olañeta, i que solo dejaba á su frente un batallon i un escuadron, fuerza mui inferior á la de que él podia disponer, rompió la negociacion i despidió á los comisionados.

Marchaba en el entretanto Valdés por Pomabamba, Culpina i Tarija, cruzando los caudalosos rios de Pilcomayo i Pilaya, i por todas partes recibia pruebas nada equívocas de la adhesion de aquellos habitantes á la autoridad del virei. Las tropas que guarnecian la provincia de Tarija, del mismo modo que sus habitantes, se declararon por el referido Valdés; igual partido abrazó un destacamento de caballería al mando del capitan Rivera, á cuyo cargo se hallaba el general Carratalá que habia sido hecho prisionero en Potosí por un escuadron de caballería destacado por Olañeta contra dicha villa, mientras que Valdés estaba empeñado en el partido de la Laguna con las tropas del Barbarucho.

Luego que dicho Olañeta supo la ocupacion de Tarija temió no poder contener el furioso torrente de su victorioso rival, i trató de replegarse haciendo marchar por adelante todas sus cargas, intereses i efectos, que podian embarazar su retirada, situándose en el entretanto en el pueblo de Livilivi en observacion de Valdés, i apenas tuvo aviso de la aproximacion de este general, emprendió de nuevo su movimiento sobre los valles de Santa Victoria.

Al llegar Valdés al citado punto de Livilivi formó el proyecto de destruir completamente á su contrario con la actividad i energía de sus movimientos. Confiando con esta mira todos sus repuestos i equipages al general Carratalá para que con cerca de 600 hombres, incluso los enfermos, pasara á encargarse del mando de Potosí, continuó la persecucion de Olañeta, al que dió alcance al anochecer del dia siguiente en las inmediaciones del *Abra de Queta*; pero suspendiendo el ataque hasta el dia siguiente á fin de dar en aquella noche el descanso de que tanto necesitaba su division, se aprovechó Olañeta de esta dilacion para dividir su tropa en tres columnas, la primera de las cuales dirigida por él mismo tomó el camino de la provincia de Tarija, la segunda, compuesta de la mayor parte de la infantería, marchó al mando el Barbarucho en seguimiento de Carratalá, i la tercera continuó su retirada sobre las montañas de Jujuí á las órdenes de Marquiegui con todas las cargas i efectos pesados.

Este inesperado plan sumió en la mayor perplejidad el general Valdés; pero observando la huella mas trillada en direccion de Santa Victoria ó montañas de Jujuí, creyó que aquel era el camino que llevaba la fuerza principal en cuyo error persistió hasta el segundo dia de su precipitada marcha. Conociendo entonces que Marquiegui era el único gefe á quien iba á combatir, activó la persecucion, i á los tres dias estaban en su poder aquel inmenso convoi, don Gaspar Olañeta hermano del general, el mismo Marquiegui, su hermano i otra porcion de gefes i oficiales, que fueron tratados con el mayor decoro i consideracion.

En el entretanto habia alcanzado el Barbarucho al general Carratalá en la posta de *Salo*, apoderándose de su persona, de toda su columna i de cuantos efectos conducia. Aguilera habia batido parte de las tropas que habian quedado á su frente; i divulgada la noticia de que hubiera sido mayor el descalabro de las tropas del virei, se creia que despues de haber ocupado á Chuquisaca caeria sobre Oruro ó Potosí.

Asi, pues, el triunfo que Valdés habia conseguido sobre Marquiegui fue acibarado por estos dos contrastes, los que cambiaron totalmente el aspecto de los negocios. En el momento mismo en que creia haber desconcertado completamente las tropas de Olañeta se vió envuelto en tan graves peligros, de que solo su serenidad i firmeza pudo libertarle. Situadas las fuerzas del Barbarucho á su retaguardia; falto de artillería, municiones, i de mas pertrechos, aconsejaba la prudencia un pronto re-

pliegue para no ser víctima de tantas contrariedades; pero su ánimo emprendedor i resuelto, i la mengua que temia pudiera recaer sobre su carrera militar, le hicieron acometer nuevas i arriesgadas empresas, aunque tenia en su contra todas las probabilidades del triunfo.

Ufano el Barbarucho con la victoria conseguida sobre el general Carratalá, se habia situado sobre la fuerte posicion de Santiago de Cotagaita: habria sido un temerario arrojo atacar á su enemigo en aquel punto, i resolvió por lo tanto flanquearlo con un rápido movimiento sobre la derecha en direccion de Cotagaitilla.

El general La Hera fue encargado de cubrir este movimiento con 25 caballos de los granaderos de la guardia i dos compañías de cazadores de Gerona i del Imperial, i desempeñó su comision con el mayor lucimiento, si bien en el reñido combate que hubo de sostener sufrió la pérdida del capitan Herrera, de varios soldados muertos i muchos heridos, i entre estos últimos se contó el mismo La Hera de bastante gravedad.

Necesitaba ahora mas que nunca el general Valdés suplir con su sagacidad i pericia militar la ventaja que le llevaban los contrarios, i á estos sus recursos guerreros debió la felicidad de sus resultados. Habiendo emprendido su marcha sobre el Despoblado para ocultar su verdadero movimiento, volvió mui pronto á caer sobre el camino real de Potosí por el que ocultó su retirada, esperando que seria evacuada por Aguilera dicha ciudad, i que podria proveerse en ella de artillería, i municiones de que escaseaba. Al llegar el dia 6 de agosto á la Lava, distante nueve leguas de la indicada capital supo con certeza que las ventajas del citado Aguilera se habian limitado á destruir un escuadron de caballería que habia quedado á su frente, pero que la infantería se mantenia ilesa ocupando la ciudad de Chuquisaca á las órdenes del brigadier Vigil.

Con tan lisongeras noticias varió notablemente la posicion de Valdés: creyéndose ya bastante fuerte para sostener el campo contra sus adversarios, suspendió su retirada i se estacionó en la Lava, desde cuya fuerte posicion podia cubrir las provincias de Charcas i de Potosí, i disponer operaciones concertadas con ambos puntos. La persecucion del Barbarucho habia sufrido la demora consiguiente al error en que habia sido inducido por la figurada marcha de Valdés sobre el Despoblado de que se ha hecho mencion; mas sin embargo de este tropiezo se hallaba ya al dia siguiente á las cercanias de dicho punto de la Lava, i se travó una escaramuza entre las patrullas de uno i otro partido. Este pequeño encuentro frustró los planes del Barbarucho dirigidos á sorprender á su rival: alarmados los realistas se pusieron en defensa i su activo gefe adoptó las mas enérgicas medidas para sacar el partido que le ofrecia su posicion.

Se figuraba el Barbarucho que las tropas de Valdés habrian sido alojadas, para libertarse del frio, en un ingenio de plata que se hallaba en la parte mas baja del terreno perteneciente á los herederos del bene-

mérito conde de Casa real de moneda, i esperaba que arrojándose sobre ellas antes del amanecer obtendria un triunfo decisivo. Animado con esta halagüeña creencia, rompió el ataque al rayar el alba amagando la derecha del campamento, pero dirigiendo el nérvio de sus fuerzas, á sus inmediatas órdenes, por el centro, que se hallaba defendido por el mismo general Valdés. Fue este combate de los más reñidos i sangrientos que se hubieran visto en aquellos paises; ambos gefes pelearon con la mayor obstinacion i furor; ambos acreditaron en este dia su bien merecida fama de valientes, ambos buscaban la muerte con ciego entusiasmo, sin que la indentidad de sus nombres, de su patria i de divisa aflojasen su terrible empeño en asegurar la victoria con su recíproca destruccion.

Si el ataque del Barbarucho se hubiera dirigido real i no fingidamente sobre la derecha, tal vez no habria salido desairado en su atrevida empresa; en aquel caso no le habria cargado tan oportunamente la caballería, que al mando del brigadier Ferraz ocupaba la izquierda, á cuyo esfuerzo sucumbió toda aquella division, menos 40 á 50 individuos bien montados, que fueron los únicos que pudieron salvarse de tan mortífera refriega. El general Valdés obtuvo, pues, la victoria mas completa aunque con la pérdida de muchos valientes, i entre ellos la del brigadier Ameller, coronel del batallon de Gerona, del capitan del mismo cuerpo don Francisco Casanova, i de otros varios oficiales de los mas brillantes del ejército.

Entre el gran número de prisioneros que fue presentado al citado general Valdés, se hallaba humillado i herido Barbarucho, quien no dudaba de que las primeras palabras que saliesen de la boca de su competidor habian de ser la fatal sentencia de su muerte; ¡mas cuál fue su sorpresa i la de todos los circunstantes cuando oyeron en su vez de este gefe, tan fiero en los combates como elemento i generoso con los vencidos, las mas cariñosas espresiones para que fuera curado inmediatamente, escitándole á deponer todo recelo, protestándole que sus principios eran mui diferentes de los que profesaba el general Olañeta, i ofreciéndole cuanto dinero pudiera necesitar!

Creció la admiracion de todos cuando vieron correr dos raudales de lágrimas de los ojos del citado Valdés, producidos por el tropel de ideas que en aquel momento se agolparon á su imaginacion: el apellido, la patria, la estimacion que antes habia dispensado á este furioso enemigo, la idea que tenia de su valor, su conducta en Tarabucillo, en donde salvó, prodigiosamente la vida de sus terribles órdenes para que hicieran fuego sus soldados sobre él á quemarropa mientras que les estaba arengando; el gozo de tener en su poder al gefe mas atrevido i temible, á quien Olañeta habia debido la funesta ventaja de sostener con variedad de éxitos aquella campaña; la lisongera idea de creer terminada la guerra civil con tan brillante golpe i de ver rendidos á sus pies á los que pocas horas antes se figuraban ya árbitros de esta misma division; todo este conjunto

de ideas, en el que las dulces emociones de la victoria contrastaban con los punzantes estímulos del dolor, causado por la muerte de tanto valiente i con especialidad del brigadier Ameller, íntimo amigo é inseparable compañero de Valdés, que tanta gloria habia adquirido en los combates i que por sus ilustres hechos era reputado por uno de los mas distinguidos gefes del Perú; la lucha en que el referido Valdés se vió envuelto consigo mismo para resolver sobre el uso que debia hacer de su ilustre triunfo; todo concurrió á formar una de las escenas mas tiernas i contrastadas de su carrera.

Resuelto finalmente á sofocar los sentimientos del rigor i de la venganza con el objeto de que trasmitido á la posteridad este rasgo de sublime generosidad adquiriese su memoria un nuevo título de gratitud i aprecio, mandó que fueran curados los heridos i enfermos del bando opuesto con el mismo esmero como si fueran sus propios soldados, á pesar de que las órdenes que le habian sido comunicadas prescribian la pronta imposición de la pena capital sobre cuantos rebeldes cayesen en sus manos. Aunque le brillante de estos hechos desaparece en la funesta clase de guerra que dió lugar á ellos, no deben sin embargo pasarse por alto para que pueda juzgarse con acierto del carácter de los sujetos que tuvieron parte en ellos.

Habiendo enviado Valdés los heridos i prisioneros á Potosí, dejando sus tropas en Puno á las órdenes del brigadier Ferraz, marchó sobre Chuquisaca con solos 300 infantes i un escuadron de caballería, cuya fuerza reunida con la que mandaba Vigil en aquel punto, la creia suficiente para hacer entrar en el orden al brigadier Aguilera. Los gefes que se hallaban con Olañeta en el rio Cinti, á donde habia regresado despues de haberse hecho dueño de la provincia de Tarija, ofrecieron la entrega de su general luego que supieron los desastres de la Lava; pero como el brigadier Ferraz, que fue quien recibió estas comunicaciones, no se creyese autorizado para acercar sus tropas segun indicaban los citados gefes, sin que antes lo hubiera consultado con su general, se perdió un tiempo mui precioso, i se malogró aquel proyecto que habria puesto término á estas porfiadas desavenencias, que fueron tan fatales á la causa del Rei.

Mientras que Valdés se hallaba ocupado en esta sangrienta campaña se abrió la mui importante de Bolivar contra el general Canterac por la parte del Norte, segun se dirá con alguna estension mas adelante. La derrota que sufrieron las tropas realistas en Junin hicieron sumamente crítica la situacion del virei, quien ordenando á Valdés que volara inmediatamente en su auxilio con cuantas fuerzas tuviera á su disposicion, abandonando las provincias del alto Perú á discrecion de Olañeta, dejó sin fruto todos los sudores empleados i la sangre derramada por la division

de dicho Valdés para enfrenar la osadía i asegurar la obediencia de aquellas tropas al gefe legítimo.

El desenlace que tuvo esta furiosa lucha nos confirma en nuestra opinion de que no debió jamas emprenderse. Se dirá que Olañeta fue un insubordinado, un rebelde; se dirá que el mismo decoro del gobierno exigia que no fuera hollada su autoridad; se dirá que no convenia separar al llamado ejército del Sur, dejando en poder de un partido contrario las ricas provincias del alto Perú, de las que se extraian los principales recursos para sostener la guerra; se dirá tambien que creyéndose de facil ejecucion el proyecto de destruir la influencia de Olañeta convenia quitar este tropiezo antes de emprender operaciones en grande contra el enemigo comun; se dirá que no habiendo surtido efecto alguno los exhortos i cuantos medios de conciliacion se adoptaron para evitar este rompimiento se vió ya justificado por las mismas circunstancias; i se dirá por último que era sumamente arriesgado reconcentrar todas las fuerzas sobre el N. del Perú, porque de dejar abandonadas las costas de Arequipa, podian tocarse los mismos inconvenientes que por un movimiento igual sobre la capital en el año anterior, pusieron aquellos paises al borde del precipicio. Sin embargo de estas objeciones, i aun reconocida la insubordinacion de dicho Olañeta con todo el carácter de reprehensible, debieron en nuestro concepto las tropas del virei Laserna, mas bien que entretenerse en esta funesta pugna, haberse dirigido á reforzar el ejército de Canterac para que este hubiera podido avanzar por el Norte sobre el de Bolivar antes que hubiera concluido su organizacion i aumento.

Si asi lo hubieran practicado habrian agregado sus gefes nuevos títulos á su gloria. El desagravio de sus insultos podrian haberlo recibido con mas seguridad i conveniencia despues que hubieran arrojado del Perú á los colombianos. La razon alegada por aquellos de que dichas provincias del alto Perú debian estar sujetas al virei, porque sin sus ausilios no podia sostener su ejército, pierde en gran modo su fuerza si se considera que quedaron las mismas en el libre poder de su competidor, cuando las empleadas en su persecucion habian sufrido los mas terribles quebrantos en medio de sus pomposos triunfos.

Si calificamos, pues, de criminal la conducta de Olañeta, no podemos tampoco abonar la de las tropas del referido virei La Serna: aquel obró ilegal é injustamente; éstas con derecho i razon, pero con poca política. No cesaremos por lo tanto de lamentarnos de ese espíritu de discordia entre los gefes realistas que tantos estragos ha hecho en sus filas; los enemigos han ganado mas terreno con su seduccion é intriga que con el esfuerzo de su brazo. Daremos mayores aclaraciones sobre lo fundado de estos asertos por lo que respecta al general Olañeta cuando háyamos descrito los importantes sucesos del ejército de Bolivar.

Como las tropas realistas del Norte no se movieron de sus cantones

de Jauja, pudo dicho Bolivar organizar su ejército, completándolo hasta el número de 11000 hombres, entre ellos 6000 colombianos, i darle una asombrosa movilidad. Los montoneros ó guerrillas de la laguna de Lauricocha ó de Reyes, cuyos habitantes han sido de los mas obstinados i animosos contra los realistas, llamaban la atencion de estos por varias partes formando una especie de cuerpo de vanguardia, desde que el inglés Miller pasó del cuartel general á ponerse á su cabeza.

Reconcentrado el espesado ejército de Bolivar en el valle de Huará, emprendió su marcha sobre Pasco en el mes de julio; los generales Lara i Córdova mandaban la primera i segunda division de infanteria; La Mar la tercera; la caballería del Perú fue puesta á las órdenes de Miller, la de Colombia á las del coronel Carbajal, los granaderos de á caballo de Buenos Aires eran dirigidos por su coronel Ruiz, el general Necocha fue designado por gefe principal de dicha arma. El general Sucre era el gefe de Estado mayor de todo el ejército; el doctor Sanchez Carrion iba a lado del dictador como ministro general para los negocios del Perú. Inconcebible parece como en tan poco tiempo hubieran logrado los insurjentes poner en campaña una fuerza tan numerosa i bajo un pie tan respetable de arreglo i buena direccion. Abundaban las provisiones de guerra i boca, el armamento, vestuario, medios de trasporte i cuantos elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña.

El ejército del general Canterac, aunque compuesto á principios de este año de 9000 hombres, no tenia á esta sazón sino 6500 para llevar al frente de Bolivar; la guarnicion del Callao le habia distraido 1500, los 1000 restantes estaban dados de baja por enfermedades i otros objetos. Sin embargo pues de la inferioridad de su número, trató Canterac de ostruir la marcha del enemigo i aun de arriesgar alguna batalla si podia contar con todas las probabilidades de la victoria.

Las tropas de Bolivar cruzaron los horribles desfiladeros de las cordilleras de los Andes con tanta constancia i sufrimiento que sería un acto de injusticia negarles el gran mérito contraído en esta campaña; pero la gloria que refluye sobre ellas en haber ejecutado con tanta felicidad esta penosísima marcha habria podido ser disputada por los realistas si su situacion les hubiera permitido salirles al encuentro con antelacion, ó mas bien si hubieran tenido tanta confianza i ventaja en el arma de infanteria como pretendian tenerla en la de caballería, por cuya razon buscaban mas bien terrenos llanos para hacer un bizarro despliegue de ella. Al llegar Bolivar al llano que se encuentra entre Rancas i Pasco dió una enérgica proclama á su ejército para animarle á combatir contra las brillantes tropas del citado Canterac, cuyos puestos avanzados se hallaban en Casas, distante tres leguas de Reyes. No dejó de influir en el mayor aliento de los independientes el recuerdo de haber obtenido cuatro años antes en aquel mismo sitio una importante victoria sobre el brigadier O'Reilli.

Habia asimismo entre ellos otros varios elementos de emulacion i competencia, capaces de producir rasgos de estremada valentía. Se hallaban alli reunidos los soldados que mas renombre habian adquirido en los varios teatros de la guerra de América. Al lado de los granaderos de los Andes, con los que San Martin habia conseguido sus altivos triunfos en el reino de Chile, se veian los llaneros que habian destruido al ejército real de Venezuela en Carabobo. Los vencedores de Pichincha conservaban todavía mas fresca la memoria de sus recientes hazañas. Varios aventureros, discípulos del gran guerrero del siglo, i que habian peleado á sus órdenes en las batallas de Rusia i Waterloo, fomentaban los varoniles esfuerzos del soldado. La mayor parte de este ejército se hallaba á 500 i aun á 1000 leguas de su pais; todo parece que concurría á darle una fuerza respetable.

Los realistas conocian bien los recursos i el vigor del enemigo que tenian al frente; mas acostumbrados á encadenar la victoria, creyeron que todo aquel gran aparato desaparecería ante el mayor ingenio del general en jefe para las maniobras, i ante el incomparable estado de arreglo, instruccion i disciplina de sus soldados, especialmente de los de caballería, por los que tanto se habia desvivido.

Deseaba con efecto el general Canterac dar una muestra positiva de su poder: figurándose invencible con dichos cuerpos de caballería, que podian competir en todos sentidos con los mejores de Europa, estuvo acechando el modo de empeñar esta sola arma, si bien caminaba con todas sus fuerzas sobre el camino real que conduce á Reyes. Ya habia llegado á Carhuamayo i Pasco el 5 de agosto, cuando noticioso de que el enemigo se avanzaba por la orilla derecha de la laguna retrocedió para que no se le colocase á retaguardia.

Ambos ejércitos se buscaban, i ambos se hallaron el dia 6 en Junin ó Pampas de Reyes á las dos de la tarde. Habiendo observado Canterac que la caballería insurgente era la que únicamente se habia adelantado dejando su infantería á unas dos leguas de distancia, se llenó de gozo por ser esto lo que tanto deseaba. Dando, pues, la orden de que la suya continuase su retirada por temor de que si empleaba esta arma le arrebataste el enemigo con su pronta fuga el triunfo que daba por seguro, formó su plan de atacar simultaneamente su derecha, izquierda i centro.

Tenian los disidentes formados 900 caballos en las Pampas ó llanuras del ya mencionado punto de Junin, apoyando su derecha á un cerro i su izquierda á un pantano. Las tropas de Canterac dirigidas sobre el centro llegaron á romperlo i aun á colocarse á retaguardia; las que habian salido dirigidas á flanquear la izquierda se hallaron con el citado pantano, cuyo obstáculo no habian previsto, i quedaron paradas sin tomar parte en la accion; la columna dirigida sobre la derecha habia desempeñado asimismo con lucimiento su respectivo encargo. Ya los independientes

habian sido arrollados; á pesar de su arrojo i decision no habian podido resistir al terrible impulso de la caballería de los realistas, ya estos empezaban á entonar el himno de la victoria cuando dos escuadrones enemigos que estaban á retaguardia al mando del teniente coronel Suarez, se lanzaron sobre los vencedores que se hallaban asimismo en el mayor desorden i confusion mezclados con los vencidos.

Reunidos estos con aquella masa de bronce que guardaba una perfecta formacion, cayeron de nuevo sobre los diseminados realistas, los acuchillaron horrorosamente, los obligaron á ponerse en pronta retirada, i les arrebataron el campo de batalla. Todavía conservaba el comandante don Dionisio Marcilla algunos trozos de caballería ordenadamente formados, i esperaba con ellos arrebatarse de los rebeldes su inesperado triunfo; pero el general en jefe, que deseaba conservar aquella fuerza como centro de reunion de los dispersos, no juzgó por conveniente permitir este rasgo de valentía i firmeza; i tomando en su vez las mas activas disposiciones para evitar los malos efectos de aquel contraste, emprendió su retirada, esperando que mui pronto podria rehacerse de él, i borrar este primer desaire de sus armas.

La derrota de Junin tuvo la mayor influencia en la suerte del Perú; la caballería, que era tenida por invencible, perdió aquel prestigio con el que estaban embelesados los pueblos, i se desmoralizó en términos que ya no pudieron sacarse de ella ventajas de consideracion. Son responsables por cierto de estas desgracias los que por falta de celo é inteligencia dejaron de cumplir con lo que exigía el deber. Si el comandante Eguía, que fue encargado de flanquear al enemigo por su izquierda i de servir de reserva, se hubiera dirigido por el centro cuando vió malogrado su primer movimiento i que la reserva contraria se introducía en el campo, habria sido irremediable la destruccion de los independientes.

El choque sin embargo fue de los mas reñidos i furiosos sin que se hubieran empleado en él otras armas que la lanza i el sable, i tan sangriento, que sin embargo de su cortísima duracion quedaron en el campo de batalla mas de 600 hombres, entre ellos 19 oficiales españoles i 11 de los insurjentes con su general Necochea. No fue, pues, la pérdida de 400 caballos sufrida por los realistas la parte mas sensible para el celoso general que los mandaba, sino la desconfianza que se introdujo en ellos desde que vieron tanta serenidad i firmeza en sus contrarios. Si esta accion se hubiera ganado habria formado el primer eslabon de la cadena de triunfos; se perdió, i lo formó de contrastes i reveses.

Bolívar, que apenas vió la primera dispersion de su caballería en dichos llanos de Junin, se puso, segun costumbre, en precipitada fuga ácia su infantería, creyéndolo todo perdido, recibió á poco tiempo la tan plausible como inesperada noticia de la victoria. Habiendo dado treinta i seis horas de descanso al ejército, se puso nuevamente en marcha, ocupó el

9 á Tarma, el 11 á Jauja, el 14 á Huancayo, el 22 á Huanta, i el 24 á Huamanga, cuyos puntos eran abandonados por los realistas en su retirada, verificada con tanta precipitacion que al llegar al Cuzco se hallaron menos de 5000 hombres; cerca de 2000 habian desaparecido, en su mayor parte por la desercion.

Apenas supo el virei la accion desgraciada de Junin, dió las órdenes mas premurosas al general Valdés para que renunciando todo proyecto sobre Olañeta le abandonase las provincias del Alto Perú, i volase sin pérdida de tiempo en su auxilio para contener al orgulloso enemigo. Valdés obedeció esta orden superior i se puso en marcha con su acostumbrada celeridad.

El ejército titulado libertador permaneció cerca de un mes en el citado punto de Huamanga, desde el cual se dirigió á la orilla del Apurimac. Figurándose Bolívar que los realistas no emprenderian sus operaciones hasta que hubiera pasado la estacion de las lluvias que iba á principiar, ó bien porque creyese que reunidas las fuerzas realistas del Sur con las del Norte iba a ser irresistible su impulso, se separó del ejército para ir á Lima, segun algunos con la idea de organizar el gobierno i acelerar los refuerzos que esperaba de Colombia, i segun otros para que no recayese sobre sí la mengua de una derrota que recelaba.

Puesto entonces á la cabeza de aquellas tropas el general Sucre, reunió un consejo de guerra en Challuanca para tratar sobre los planes de la campaña. Aunque Bolívar le habia dejado instrucciones de no moverse de sus cantones, temió que si los realistas avanzaban con todas sus fuerzas reunidas pudiera ser menos favorable su posicion. De acuerdo en esta parte con los generales La Mar, Lara i Miller, i no menos temeroso de que sus contrarios pudieran reforzarse considerablemente si se les dejaba en la pacífica posesion del Cuzco, se dirigió sobre Mámara con un batallon, un regimiento de caballería i un escuadron para reconocer la orilla derecha del Apurimac que ocupaban los realistas.

En los dias 10 i 11 de octubre llegó la division del activo Valdés al Cuzco á consecuencia de una de aquellas rápidas marchas que le dieron tanta celeridad en el Perú. Para conciliar mas estrechamente los ánimos, para asegurar mejor una esplicita obediencia cual se requeria de todos los gefes, i para redoblar el entusiasmo con el prestigio de la autoridad superior, dispuso el virei ponerse al frente de aquella campaña como lo habia hecho en la mui importante i gloriosa del año anterior.

El ejército realista se formó en tres divisiones de infantería i una de caballería, mandadas aquellas por los generales Valdés, Monet i Villalobos, i esta por el brigadier Ferraz. La de Valdés se componia del primer batallon del Imperial, del de Cantabria, Centro, i Castro; la de Monet tenia otros cuatro cuerpos, que lo eran el primer batallon de Burgos el segundo del primer Regimiento, el de Guías i el de Victoria; i la de

Villalobos tenia una fuerza próximamente igual aunque se componia de cinco batallones, que lo eran el primero i segundo de Gerona, el primero del primer Regimiento, el segundo del Imperial, i el batallon de Fernando VII.

Los granaderos de la Guardia, los húsares de Fernando VII, los dragones de la Union i de Lima, el escuadron de San Cárlos i la compañía de la Guardia del virei formaban la division de caballería, que ascendia á 1400 ó 1500 caballos. Los cuerpos de infantería estaban mui bajos i ascenderian á lo sumo á 9500 hombres. El brigadier Cacho fue puesto á la cabeza de la artillería que se componia de 16 piezas. El general Canterac fue nombrado gefe del estado mayor i segundo del virei. El general Carratalá fue empleado como primer ayudante general. Este era, pues, el estado del ejército español reunido para abrir la campaña.

Desde el Cuzco á Huamanga, que era el teatro probable de las operaciones, hai 85 leguas en la direccion mas corta de Lima: el terreno es de los mas escabrosos i dificiles del Perú; los caminos, aun el de posta, que se llama *real*, no son mas que unas veredas tan ásperas i penosas, que es necesario echar pie á tierra en muchos parages á pesar de ser mui prácticas las bestias empleadas en este objeto. El pais se ve atravesado por una multitud de torrentes i por tres rios considerables que corren paralelamente de Este á Oeste por barrancas sumamente profundas, i son el Apurimac, el Abancai i el Pampas. La poblacion se compone en su totalidad de indios, escepto las villas de Abancai i de Andahuailas, en las que se encuentran muchos criollos.

Los pocos recursos que ofrece esta faja de terreno estaban apurados por la reciente retirada del ejército del general Canterac i por la actual ocupacion del de Bolivar. En medio de estas dificultades, á las que tenian que subordinarse las miras i las maniobras del virei, hubo de emprender la campaña con el doble objeto de conducir al enemigo por la fuerza de los movimientos á un terreno en el que tuviera mayor facilidad para derrotarlo en una batalla, ó para deshacerlo como en la campaña anterior, ó finalmente para obligarle á abandonar el pais. Resuelto, pues, á marchar sobre su flanco derecho, pasó el ya citado rio de Apurimac cerca de su nacimiento mediante un rodeo de 12 á 14 leguas.

Al favor de este movimiento se hallaron las tropas del Rei el 29 de octubre en Jaquira, dueñas del único camino transversal que conducia á Huamanga. La línea de operaciones de Sucre se vió amenazada desde este momento; i el virei se halló en disposicion de poderlo doblar, como lo efectuó proporcionándose al mismo tiempo algunas subsistencias de que habria carecido si hubiera tomado el camino real ocupado por aquel caudillo. Como este era el secreto de la campaña i el principio fundamental que iba á dirigirla, habian de resultar por necesidad situaciones mui extrañas i complicadas para ambos ejércitos.

El de los realistas continuó su marcha por los altos de Mámara i de Chuquibamba cubriendo su derecha la vanguardia. Habiendo sabido el general Valdés en 1º de noviembre que una partida fuerte enemiga se hallaba en Chuquibambilla hizo marchar al anochece al teniente coronel don Julian Olivares con dos compañías de cazadores para reconocer la poblacion i atacarla al amanecer; pero avisados los enemigos de este movimiento se retiraron precipitadamente entre diez i once de la noche sin mas pérdida que la del coronel alemán Athaus, que fue hecho prisionero al dia siguiente por una partida de indios acaudillada por el Cura. Se averiguó entonces que estas fuerzas en número de 180 hombres se habian avanzado al mando de Miller con el objeto de observar de cerca los movimientos del ejército español.

El ministro de Real Hacienda, don Francisco Martinez de Hoz, que habia salido en busca de víveres con una corta partida, se apoderó en este mismo dia del equipage de Sucre, cuyo uniforme de gala se mandó entregar al tambor mayor con la idea, al parecer, de manifestar el desprecio que se hacia de las insignias rebeldes. Esta mal calculada altanería de los realistas ofendió vivamente al afortunado caudillo, á cuyos pies vió rendidos á los pocos meses á los autores de aquel escarnio.

El hombre en todas las situaciones debe tener siempre á la vista la insignificancia de las cosas terrestres i la volubilidad de la fortuna: quien obra por estos principios, quien al hallarse en un puesto encumbrado considera á los demas como activos instrumentos que pueden derribarle de él para ocuparlo ellos á su vez, quien en medio de sus prosperidades no adquiere otro engreimiento sino el que resulta de las buenas acciones si á estas ha debido su suerte feliz, quien adquiere mayores grados de modestia, de afabilidad i dulzura á medida que se ve mas adulado por la misma fortuna, nunca tendrá motivos de arrepentirse de haber chocado con personas que pueden llegar por un curso natural de los sucesos á ser árbitras de su suerte.

Habiéndose concluido la construccion de un puente sobre el Abancai, en 4 del citado mes de noviembre, pasó en este dia todo el ejército á la orilla izquierda por el frente de Challanca; campó el 8 en los pueblos de Pampachiri i Larcai; i al dia siguiente continuó su marcha en la indicada direccion figurándose que los enemigos habian pasado ya mas allá de su paralelo; pero como hubieran hecho alto en las inmediaciones de Andahuailas, quedó completamente cortada su línea de operaciones. El 16 ocupó ya la vanguardia la ciudad de Huamanga haciendo algunos prisioneros, entre ellos un sargento mayor, i apoderándose de varios repositos i de una gran porcion de pertrechos guerreros.

Dueño por este medio el virei de las comunicaciones de los insurgentes, se halló en estado de introducir la alarma en las provincias del

Norte, de distraer las fuerzas que bloqueaban el Callao, i de alentar al partido realista. Procediendo desde entonces con mayor confianza en sus movimientos, reunió su ejército el 18 en los altos de Matará, i retrocedió sobre el Pampas ya por el camino real de Lima.

Era su plan volver á cruzar este rio, ocupar los altos de Unipa, i obligar á Sucre á batirse en aquel punto que ofrecia á los españoles las mayores ventajas: empezóse á dar la debida ejecucion posesionándose los cazadores de la vanguardia de las alturas de Bombon en la tarde del 19; pero como advirtiesen que todo el ejército enemigo estaba ya situado en Unipa, se frustró el objeto de su movimiento, i la vanguardia hubo de volver á la orilla izquierda del rio, en la que se hallaba todavía dos leguas á retaguardia el ejército español. Una escaramuza poco considerable con los cuerpos de Sucre fue el único resultado de esta maniobra que habia tenido por objeto empeñar una accion general i decisiva.

Habiendo campado el ejército realista el 21 en las inmediaciones de Concepcion, i conociendo las dificultades de venir á las manos con sus contrarios á causa de los insuperables obstáculos que presentaba el terreno por las dos orillas del Pampas concibió el virei el proyecto de hacer que Sucre emprendiese el paso de este rio, aparentando su intencion de abandonar aquel punto, i de hacer un movimiento retrógrado sobre el Cuzco para restablecer su base natural de operaciones. Pendia el feliz resultado de este sábio i acertado plan del modo de ejecutarlo, i de la astucia en saber deslumbrar al gefe insurgente. Para conseguir este objeto se dispuso que el ejército se retirase de la vista de los enemigos, i que la vanguardia pasase á la orilla derecha usando de todos los ardides para figurar que este movimiento habia sido ejecutado por toda la fuerza de dicho virei.

Fue en esta ocasion en la que el general de la vanguardia dió mayores pruebas de actividad é inteligencia: cuatro marchas rápidas emprendidas con la idea de mantener la ilusion que tanto convenia; la completa destruccion de las partidas disidentes que ocupaban á Talaverilla al mando de los coroneles Carreño i Plasencia; la subdivision de sus fuerzas i el acierto de sus maniobras persuadieron con efecto al general Sucre de que allí se hallaba todo el ejército español; cuya idea llegó á ofuscarle de tal modo, que aun en el parte de la batalla de Ayacucho seguía repitiendo éste su error.

Engañado, pues, Sucre completamente por el general Valdés, i creyendo seguro i espedito el paso del rio, se arrojó á pasarlo en la noche del 30: al llegar la vanguardia española á la mañana siguiente á la vista de Bombon, no encontró mas que una partida de 50 caballos enemigos, la que se puso al instante en precipitada fuga. El virei, que para ocultar su permanencia en aquel frente, i para que Sucre se atreviese á cruzar dicho rio, se habia alejado cinco leguas de él, no pudo ser instruido oportu-

tunamente de este movimiento, que nunca se figuró lo hubieran verificado los enemigos de noche i con tanta prontitud; i aunque hizo avanzar su tropas al momento que recibió los primeros avisos, no pudo llegar á tiempo de impedirles la continuacion de su retirada.

Este pequeño descuido de los realistas hizo que se frustrase la combinacion mas interesante de la campaña: cinco horas que se dejó ganar al enemigo en la citada noche le salvaron de su completa ruina: todo el ejército rebelde debió rendir las armas en este dia; el plan habia sido sabiamente combinado, i su ejecucion fue maravillosa escepto en la parte, al parecer tan insignificante, que acabamos de indicar. Sensible es por cierto que la fatalidad del destino hubiese arrebatado en esta ocasion de las manos de los realistas una decisiva victoria, la que daban ya por segura. Se salvó, pues, el ejército rebelde por tan imprevisto incidente, i fue preciso por lo tanto concebir nuevos planes i dar otro giro á la campaña.

Todo el ejército real campó el dia 2 de diciembre en Matará á la vista de los enemigos, menos la vanguardia, la que despues de haber caminado en el mismo dia 11 leguas, quedó todavía á 5 de distancia de los altos de Concepcion; i aunque esta division estaba rendida por la citada penosísima marcha hubo de emprender en la misma noche el movimiento que le prescribió el virei, i llegó á las 11 de la mañana siguiente á las inmediaciones del campo ocupado por los demas cuerpos.

En aquel mismo momento se disponia dicho virei á atacar á Sucre; pero observando que éste amagaba abandonar el campo i empeñarse en la formidable barranca de Corpahuaico, mandó al general Valdés que cayese sobre su flanco izquierdo mientras que tomaba el resto del ejército igual direccion. Aunque la vanguardia estaba postrada de la fatiga de su no interrumpida marcha desde el dia anterior, verificó esta operacion con tanta felicidad i presteza que cortó casi la mitad del ejército enemigo, batió completamente la division Lara, dispersó la caballería, se apoderó de un cañon, de todo el parque de reserva, de la caja militar, equipages i de otros pertrechos, causándoles la pérdida de mas de 500 hombres entre muertos, heridos i prisioneros.

En esta brillante accion tuvieron mas ocasion de distinguirse el brigadier don Antonio Tur, que mandaba el batallon de Cantabria i que se hallaba el mas avanzado, los coroneles don Diego Pacheco, don Manuel Sanchez, i el comandante don Antonio Aspiroz, no habiendo sido menor la bizarría i decision de cuantos gefes i oficiales tuvieron parte en ella. Si hubieran podido llegar oportunamente los demas cuerpos realistas, habria sido completa la derrota, i en este dia se habrian sepultado los gigantescos proyectos de los rebeldes. Dos batallones de la division Villalobos fueron los únicos que pudieron disparar algunos tiros, i los que tal vez habrian podido añadir mayor lustre á dicha refriega si hubiera sido mas rápido su movimiento.

Estaba ya para anochecer cuando se aproximaron las demas divisiones; mas el temor de la desercion, que era tan comun entre aquellas tropas, hizo que los realistas renunciassen á recoger los frutos de esta primera victoria. Si dichas tropas hubieran inspirado la debida confianza, no se habria suspendido el ataque, i la misma oscuridad de la noche hubiera acabado de desconcertar al humillado ejército de Sucre. Con esta forzada inaccion se perdieron las ventajas de aquella jornada, porque ya al dia siguiente estaban los enemigos perfectamente reorganizados i en disposicion de combatir de nuevo, ocupando la fuerte posicion de Corpahuaico.

Ansioso siempre el virei por ahorrar en lo posible la efusion de sangre no se atrevió á atacarla de frente, i dispuso en su vez, que la division Monet saliese á las ocho de la mañana á doblarla por las alturas de la izquierda. Luego que Sucre vió amenazado su flanco, emprendió su retirada para Tambo Cangallo, libertándose del premeditado ataque de los realistas por ser ya mui tarde cuando el general Monet hubo concluido su movimiento i cuando el ejército acabó de pasar las anchas i profundas barrancas que tenia á su frente, no habiendo dejado de influir en la suspension de dicho combate las estremada fatiga de la vanguardia, que se halla casi inhábil para entrar en accion.

Para apurar el sufrimiento de dichas tropas i aburrir el ánimo del soldado concurrió la escasez de víveres, que en este mismo dia llegó al extremo de no tener mas provisiones para racionarlo que la carne de burro: no es, pues, extraño que se aumentase el espíritu de desercion entre los descontentos, i que aun entre los leales hubiera un sordo murmullo criticando á los gefes por su lentitud en dar una batalla campal. Habiendo cambiado Sucre de frente en la misma noche del 4 abandonando el camino real de Huamanga, se situó en el pueblo de Acosvinchos, i el ejército español tomó posesion de Tambillo al dia siguiente.

Se proponia el virei ocupar el 6 el pueblo de Quínua i el campo de Ayacucho, á cuyo efecto mandó que la vanguardia tomase rápidamente aquella direccion; pero como al llegar á media legua de distancia observase el general Valdés que ya se hallaba ocupado por todo el ejército enemigo, suspendió su marcha dando aviso de aquel caso imprevisto al virei La Serna, quien subiendo con el general Canterac á la altura que habia tomado dicha vanguardia se convenció de que era inatacable la posicion de Quínua por el frente del Oeste que miraba ácia Huamanga. Creyendo sin embargo que Sucre seguiria al dia siguiente su retirada sobre Huanta, dispuso que el ejército se dirigiese ácia las alturas de Pacaicasa, dejando situada la referida vanguardia de modo que pudiese cubrirlo comodamente.

Eran las tres de la tarde cuando los enemigos percibieron este movimiento á tiempo que ya las columnas españolas se hallaban cerca de la posicion que iban á ocupar; quisieron enmendar, aunque tarde, su primera

falta i compensar los favorables momentos que habian perdido por su descuido; pero su impetuoso ataque de la vanguardia fue tan insignificante que solo alcanzó á unas compañías de cazadores, con las que se travó un pequeño tiroteo; las demas tropas habian logrado retirarse sin comprometerse.

El dia 5 envió Sucre una de sus columnas contra la fiel i decidida villa de Huanta, la que agoviada por las vejaciones que la habian hecho sufrir los enemigos desde que la ocuparon en el mes de agosto, se habia pronunciado á favor del ejército real tan pronto como tuvo noticia de su aproximacion. Al regresar dicha columna en la tarde del 6 de castigar cruelmente los nobles sentimientos de aquellos habitantes fue perseguida con viveza por unas compañías de cazadores, i por algunos caballos al mando del coronel James. Pasó el ejército realista á acampar el dia 7 entre Quínua i Huamanguilla sin mas novedad que algunos tiros disparados entre los puestos avanzados.

Habiendo examinado el virei en compañía de su Estado mayor el terreno que ocupaban los independientes, i reconocido las dificultades de dar el ataque por aquel frente á causa del gran barranco que separaba ambos ejércitos, hizo marchar el dia 8 á todas sus tropas á posesionarse de la parte del Este ó altura de Condorcanqui, que era el punto mas accesible para dar egecucion á sus planes militares. Al acercarse los realistas á esta posicion cayeron inadvertidamente en poder de sus partidas avanzadas los coroneles Carreño i Plasencia, ambos pasados á los insurgentes en los años anteriores, i que habiendo sido casi los únicos que escaparon de la sorpresa de Talaverilla, hacia nueve dias que andaban dispersos por las montañas; i tomando unas tropas por otras, halló el primero su muerte, i el segundo su inesperada prision.

Los insurgentes sostuvieron toda aquella noche un fuego continuado de guerrillas sobre los realistas; pero sin mas quebranto para éstos que el de un teniente coronel i dos soldados que recibieron una muerte casual. Las músicas de los cuerpos fueron aproximadas á este mismo campo i siguieron repitiendo alegremente sus marciales ecos, ya fuese por aparentar un ataque general, ya para que no dudasen los realistas de su vigilancia, ó mas bien para hacer alarde de la confianza que tenian en su poder i fuerza.

El campo de Ayacucho es un llanura de 600 toesas de largo i de algo mas de 500 de ancho, situada al Este de Quínua, pueblo pequeño á tres leguas al Oriente de Huamanga. El terreno está cortado en ambas estremidades por dos grandes barrancos. Los enemigos se habian situado ventajosamente desde el dia 6 de diciembre al Oeste de dicho pueblo en el concepto de que las tropas realistas iban á maniobrar por este lado; pero habiendo advertido el virei que aquellos no continuaban su retirada, i que parecian mas bien inclinados á batirse en esta posicion,

se dirigió ácia su retaguardia, i se colocó el día 8 en la altura de Condorecanqui. Cambiando entonces Sucre su frente se estableció al Este de la citada poblacion de Quínua en el extremo de la pequeña llanura que lo separaba de la posicion de los españoles.

Los flancos de unos i otros estaban apoyados á los barrancos; pero los realistas reunian á aquella ventaja la de estar situados en una altura de difícil acceso que dominaba el campo en que debía combatirse, que les aseguraba su retirada en caso de desgracia, i que los hacia dueños de los movimientos preparatorios del ataque. La llanura que habia de servir de campo de batalla estaba oblicuamente atravesada por una barranca practicable para la infantería, por la izquierda realista quedaba una salida como de 150 toesas, que parecia suficiente para desenvolver la caballería.

El ejército insurgente se componia de diez batallones, doce escuadrones i una pieza de artillería, con la fuerza disponible de 5780 hombres, confesada por los enemigos, pero que segun los mejores datos no bajaba de 7000, lo que es mas presumible atendida la costumbre que generalmente se nota en los guerreros de disminuir el número de sus fuerzas para aumentar el mérito del vencimiento.

Aunque los realistas contaban con 9500 hombres de todas armas á mediados de octubre, habian sufrido bajas considerables en los cuarenta i siete dias de continuos movimientos por los parages mas fragosos i difíciles, en el paso de una multitud de torrentes i rios, i á causa de las privaciones de todo género que habian sufrido, i de la desercion propia de aquellas tropas, como tambien por los muertos i heridos de las acciones de Andahuailas, Matará i otras escaramuzas. Su fuerza efectiva era, pues, próximamente igual á la de los enemigos, es decir de 7 á 8000 hombres, sin que se observase mas superioridad que en la artillería, de la que conservaban en aquel momento 11 piezas.

Los colombianos iban á pelear á largas distancias de sus hogares, i se hacia por lo tanto doblemente necesaria su íntima union; las tropas de los realistas eran todas del pais escepto 500 europeos; i cansadas de una guerra tan larga i penosa habia crecido en ellas de tal modo su propension á desertarse que lo verificaban cuantos individuos podian separarse de sus columnas; cuyo mal no podía corregirse de otro modo que llevándolos encerrados en cuadros formados por los europeos, especialmente de noche. Es, pues, evidente que la calidad de las tropas independientes era superior á la de los realistas, si bien estos tenian á su favor el prestigio de sus anteriores victorias i los mayores talentos i pericia de los gefes, como lo confesó el mismo Sucre, manifestando que la ventaja de sus enemigos estaba en los pies, es decir, en el acierto de sus maniobras.

Sin embargo de los poderosos elementos que constituian el ejército independiente, nunca creyeron los realistas que la fortuna habia de corresponder tan ingratamente á sus esfuerzos; los mismos insurgentes es-

taban poco seguros de la suerte de sus armas, i la victoria parecia quererse fijar mas bien á las filas de los leales. Si estos se veian precisados á arriesgar una batalla porque ya la guerra de movimientos habia llegado á aburrir al soldado i á aumentar las dificultades de sostenerla, no era menos apurada la situacion de los enemigos, i acaso esta circunstancia era la mas peligrosa porque debia esperarse de ellos la resistencia que cabe en hombres despechados.

Si bien los realistas veian con placer la determinacion de sus contrarios, no dejaban de estar agitados al considerar que esta era la ocasion mas crítica de su carrera. Fiados sin embargo en la superioridad de sus talentos mas bien que en las de sus fuerzas trataron de lanzarse á la pelea con la mayor impavidez i confianza. El ejército de Sucre se distribuyó en la mañana del 9 en tres divisiones de infantería i una de caballería, cubriendo la derecha el general Córdova con cuatro batallones i dos escuadrones, situado La Mar á la izquierda con otros tres de los primeros i dos de los segundos, i defendiendo Lara el centro con tres batallones, dejando en reserva el grueso de la caballería á las órdenes de Miller.

Algunas compañías de la division de La Mar habian ocupado desde la noche anterior una casa situada á la orilla del barranco que se pierde en la citada llanura. La infantería realista se hallaba tambien distribuida en tres columnas casi paralelas; la vanguardia al mando del general Valdés, ocupaba la derecha con cuatro batallones, dos escuadrones i cuatro piezas; la primera division al mando del general Monet con cinco batallones ocupaba el centro; i la segunda con otros cinco á las órdenes del general Villalobos cubria la izquierda. La caballería mandaba por el brigadier Ferraz se hallaba á retaguardia de esta última division en campamentos de comodidad.

A las nueve de la mañana reunió el virei en un punto que dominaba perfectamente todo el campo de batalla á los generales de division i de brigada, i á los comandantes generales de artillería é ingenieros. Tenia por objeto esta junta deliberar acerca de la conveniencia i del modo de dar la batalla: se resolvió el primer punto por unanimidad i con satisfaccion general. Prescindiendo de que era esta la primera ocasion en que los enemigos hubieran tomado una posicion accesible con el designio de pelear, urgian por otra parte las circunstancias, porque al mismo tiempo que Olañeta avanzada por el Sur sobre el Desaguadero hacia marchar Bolivar por el Norte dos divisiones de tropas frescas, una de las cuales se hallaba ya segun los últimos avisos mui cerca del cerro de Pasco.

Si Sucre llegaba á verificar su reunion con dichas tropas, cruzando el rio Huarpa que tenia á la distancia de 5 leguas adquiria una superioridad decidida i un influjo irresistible. El cansancio de los soldados i de los caballos realistas por otra parte, la carencia de medios para sostener mas tiempo la guerra de movimientos segun ha sido indicado, i la an-

siedad de todo el ejército manifestada en los pasquines que días anteriores habian aparecido en las tiendas de los generales; todo hacia ver la necesidad de provocar el combate mas bien que de escusarlo. Todo, pues, justificaba la acertada resolucion de fiar la suerte de las armas á una batalla que se presentaba con caracteres los mas favorables.

De acuerdo con los mismos gefes se formó el plan de ataque. La vanguardia debia desalojar á los enemigos que ocupaban la casa de que se ha hecho mencion, mientras que la division Monet aproximaba las cabezas de sus columnas sobre el barranco de frente, i dos batallones de la division de Villalobos siguiendo la cresta de la barranca de la izquierda se situaban en escalones á la altura de la línea de cazadores, cubriendo al mismo tiempo su flanco. Los dos batallones de Girona i el de Fernando VII fueron colocados en segunda línea para servir de reserva, dispuestos de modo que pudiesen operar con oportunidad sobre el parage en que se requiriese su apoyo, ó de formar un punto de reunion en caso de algun imprevisto contraste. La caballería debia descender al llano, formar la izquierda del ejército, i sostener la artillería.

Serian las diez de la mañana cuando estas diversas columnas emprendieron sus respectivos movimientos en busca del enemigo. El general Valdés ocupó la casa fuerte, arrollando los tres batallones del Perú que se habian adelantado sobre el barranco para sostener las compañías que defendian dicha casa; i se hallaba asimismo empeñado con toda la reserva del ejército enemigo, que Sucre comprometió con la mayor torpeza, cuando por las otras alas tomaba la batalla un carácter mui diferente. El primer batallon del primer regimiento mandado por el coronel Rubin de Celis, que segun las instrucciones que se le habian comunicado, debia tan solo llamar la atencion de la derecha enemiga, se lanzó imprudentemente al llano, i habiendo caido sobre él la division de Córdova, fue batido, deshecho, caido i puesto en total dispersion con la pérdida del mismo Rubin i de su comandante.

El segundo batallon del Imperial destinado á sostenerle participó cobardemente de la derrota de Rubin sin haber apenas disparado un tiro. El general Monet que se hallaba en este momento al borde del barranco de su frente, arrebatado por un escesivo ardor, en vez de esperar en tan buena posicion á que la vanguardia completase su movimiento, la caballería acabase de bajar i formar en el llano, i la artillería se descargase de las mulas i se situase en los puntos convenidos, creyó sin duda que podia reparar el descalabro de la izquierda; con cuyo objeto i con el de sostener el batallon de guias que habia sido diseminado en guerrillas, avanzó de frente antes del tiempo que le habia sido prescrito.

Así, pues, sin considerar que tenia sobre sí la division victoriosa de Córdova, apoyada por ocho escuadrones de caballería, emprendió el paso del barranco con una intrepidez prematura: dos de sus batallones habian

logrado formar en columna felizmente al otro lado de dicho barranco, i el resto de la division continuaba pasándolo cuando Córdova sin dejarle tiempo para desplegarse i habiéndole ya arrollado su batallon de cazadores, lo envolvió con toda su fuerza.

Un choque tan desigual no podia dejar de producir el resultado que efectivamente produjo: al cruzar estos cuerpos sus bayonetas con los batallones enemigos tuvieron tres gefes muertos, herido su general i una pérdida proporcionada á esta clase de horribles i sangrientos choques; fue preciso ceder finalmente el terreno cubierto de muertos i heridos de ambas partes. Los dos batallones, que no habian entrado en línea, retrocedieron rápidamente al borde opuesto del barranco; pero alcanzados por los fugitivos, i desarreglada su formacion de la manera que sucede siempre en semejantes ocasiones, no pudieron desplegar convenientemente ni hacer la defensa que debia esperarse de la buena posicion que ocupaban. Asi, pues, esta division, que era la mas importante por su número i por el punto que ocupaba en la línea de batalla, fue completamente batida i dispersada sin que bastasen á reunirla las ventajas que le ofrecia el terreno de la espalda, ni la actividad i energia empleada por el general Monet, aunque herido, i por los demas gefes.

En este crítico momento estaba descendiendo la caballería desde la altura; el escuadron de San Carlos i la compañía de flanqueadores de la Guardia que sostenian las guerrillas, habian sido batidos; i conocida la necesidad de contener por aquella parte la caballería enemiga para que no acabase de doblar la izquierda de la division Monet, recibió orden Ferraz de cargar á toda costa á los ocho escuadrones de los independientes que tenia á su frente con dos de dragones de la Union i dos de granaderos de la Guardia, únicos que habian formado hasta entonces en el llano. El combate fue vivo i sangriento; el primer escuadron de la Guardia, á cuya cabeza se hallaba el teniente coronel del mismo don Domingo Vidart, acreditó en esta ocasion su bien conocida bizarría; pero verificado el choque contra fuerzas tan desiguales i bajo el tiro de la infantería de Córdova que causó mucho daño á dichos escuadrones se vieron todos ellos precisados á retirarse precipitadamente, dejando el primero, en particular tendida la mayor parte de su fuerza en aquel campo de muerte. Al mismo tiempo perdía la division Monet su posicion, i se hizo por lo tanto general la derrota por toda la izquierda i centro del ejército.

El general Canterac, que por orden del virei habia sido puesto á la cabeza de la reserva, se arrojó con ella á la llanura con el objeto de restablecer el orden en las filas i de favorecer la reunion de los cuerpos dispersos, en cuya operacion se hallaban al mismo tiempo empeñados los generales Carratalá, Villalobos i el virei en persona; pero los batallones de Gerona que debian protegerla no eran ya los que habian vencido en Torata i Moquehua. Aquellos soldados habian desaparecido en la san-

griente campaña contra Olañeta; su coronel Ameller no existia; los cuatro capitanes de las compañías de preferencia habian sido tambien puestos fuera de combate; el lugar de tantos veteranos aguerridos estaba ocupado por reclutas tomados á la fuerza dos meses antes i por prisioneros de los últimos combates, de quienes no podia esperarse razonablemente ninguno de aquellos esfuerzos que exigia la situacion de los negocios. Gerona abandonó por primera vez en el Perú al general que lo conducia, i por primera vez tambien fue deshecho sin haberse batido. Ciento noventa i seis hombres del batallon de Fernando VII, resto de los 700 con que este cuerpo habia salido del Cuzco, hicieron desde la última línea de reserva una mui débil é insignificante resistencia.

Frustrados todos los esfuerzos de los generales i gefes realistas, herido el virei i hecho prisionero al tiempo de retirarse á la posicion que ocupaba el citado batallon de Fernando VII, eran ya los enemigos dueños del campo á la una del dia, escepto de su izquierda, en la que seguia batiéndose gloriosamente la division Valdés ignorando la suerte de las demas tropas, cuando se vió envuelto por la mayor parte de las contrarias, libres ya de otras atenciones, i obligado á formar martillo para contener el furioso empuje. Fue entonces cuando conoció que la batalla se habia terminado de un modo funesto: su situacion no le permitia retirarse porque tenia comprometida casi en cuadro toda su tropa, ni podia proponerse otro objeto en tan desesperada crisis sino el de entretener al ejército enemigo el tiempo posible para dar lugar á que se reuniesen los dispersos.

Llegó finalmente la hora de la desgracia: fue enteramente arrollada esta bizarra division; Valdés se entregó á todos los escesos del dolor i de la desesperacion; se le vió buscar con ansia la muerte por todas partes, considerando la vida como un peso insoportable despues de aquella derrota; algunos de sus gefes i oficiales se la salvaron sin embargo, arrancándole de aquel teatro de sangre al favor de la confusion que reinaba en él, i así llegó á reunirse en las alturas de la retaguardia con unos 200 hombres de caballería que acompañaban al general Canterac i con cuantos dispersos de la izquierda i centro habian podido ser recogidos por el extraordinario arrojo de algunos gefes i oficiales.

Los esfuerzos de estos sin embargo fueron generalmente ineficaces: el capitán Salas fue muerto por los mismos soldados que habia tratado de reunir; el brigadier Somocurcio i otros estuvieron espuestos á sufrir igual suerte. No deberá parecer extraño esta conducta de parte de aquellas tropas: formadas de los prisioneros de las anteriores batallas ó de indios i cholos arrancados de sus hogares, trataban los primeros de volver á sus filas, i los segundos de regresar al seno de sus familias. Solo el prestigio de la victoria i el mágico ascendiente del nombre español pudieron conservarlos en la obediencia de los realistas en medio de su mayor predisposicion á secundar la causa de la independencia. Si se hubiera ganado la batalla de Aya-

cucho habrian sido los mas ardientes sostenedores del partido español; se perdió, i todos ellos abandonaron á sus respetables gefes.

Esta importante batalla, en la que se selló la emancipacion del Perú, ha sido un objeto de la mas viva controversia, i ha empeñado por algun tiempo la atencion de la Europa entera. Se ha pretendido dar un caracter de criminalidad á los gefes españoles que la mandaron por la sola razon de que la opinion pública no estaba preparada para recibir de un golpe tan terrible suceso. Un ejército tan brillante como el que habian sabido formar los generales españoles, tan orgulloso i temible por sus repetidas victorias; unos gefes tan inteligentes i esforzados que habian destruido todas las fuerzas combinadas del Perú, Chile, Buenos-Aires, i aun las primeras expediciones de Colombia, ¿podia creerse que en un solo aciago dia perdieran el fruto de tantos sacrificios i el lustre de tantas hazañas?

¿Podia esperarse que el Perú fuese arrebatado de sus manos en el momento en que parecia estar asegurado sobre bases las mas firmes é indestructibles? Nadie por cierto creyó este fatal i brusco desenlace; pero nosotros, que acabamos de recorrer las fases revolucionarias de los demas estados de América, no nos admiramos de que asi haya sucedido.

La plaza de Montevideo se rindió en 1814 á los independientes cuando los 4 ó 5000 veteranos que la defendian, i cuando una brillante escuadra, superior á la enemiga, daban sino la esperanza de la victoria, á lo menos la de salvar aquellas fuerzas, i la de emprender importantes operaciones en combinacion con los ejércitos del alto Perú.

El reino de Chile se perdió en 1818 cuando mas esperanzas habia de que la derrota de los enemigos en Cancharayada habia de restablecer sólidamente la autoridad Real, en cuyo auxilio estaba caminando una respetable expedicion salida de la península, con la que se habria acabado de dar el último golpe de esterminio al genio de la rebelion.

El reino de Santa Fé se perdió asimismo en el momento en que habia menos elementos para producir este funesto resultado.

El reino de Méjico pasó al poder de los rebeldes precisamente cuando habia llegado á adquirir el dominio del Rei tal pujanza que las conductas de plata caminaban sin escolta en todas direcciones, menos por la parte de Tierra caliente.

Bolivar adquirió el dominio de las provincias de Venezuela en la batalla de Carabobo, que fue seguramente la que empeñó con menos probabilidades de la victoria.

El reino de Quito vió desaparecer como por encanto en la batalla de Pichincha el gobierno español, cuando se creia por el contrario que los agresores maniobraban para hallar su salvacion en los brazos de Bolivar sobre Pasto, mas bien que para esponerse á los hazares de un combate que se presentaba con todos los caracteres de serles funesto.

Se perdió el ejército de Morales en Maracaibo en el momento en que

mas esperanzas se habian concebido de que este digno gefe pudiese triunfar de todos los esfuerzos de los republicanos.

¿Cómo es pues que la opinion se ha pronunciado de un modo tan violento, cuando lo que se ha visto en la batalla de Ayacucho es una repeticion de lo que se ha practicado anteriormente en otros puntos con mui poca diferencia en las causas i en los efectos? El terrible cargo que pesa sobre todo escritor le obliga á ser justo é imparcial. Nuestra pluma no sigue el impulso de partidos que no conocemos, ni rinde vasallage al temor que está bien distante de nuestro ánimo, ni es tributaria al favor, al parentesco, á la amistad ni á otra clase de relaciones que ligan á veces la voluntad del hombre mas recto i justificado, pues que ni las hemos tenido ni las tenemos sino de mera cortesanía con los sugetos interesados en estos sucesos. Nuestra opinion es, pues, hija de nuestro convencimiento, formada por el profundo estudio que hemos hecho de estas materias, i sostenida por los dictados del honor i de la virtud.

Tal vez esta parte de nuestra historia hallaria mas panegiristas si estuviera acompañada de severas acriminaciones. Vemos por desgracia, i oímos á cada momento los temerarios juicios que se están haciendo sobre esta fatal terminacion de la guerra del Perú. Quién la atribuye á una vergonzosa traicion, quién á refinada malicia, quién á la cobardía i quién al torpe manejo i aturdimiento de sus gefes; nosotros consideramos las cosas bajo otro punto de vista; conocemos que ha habido defectos, mas no de la clase que se indican; conocemos que ha sido mui sensible dicho desenlace por la misma razon que estaba el público bien distante de esperarlos; conocemos que una completa derrota arroja siempre alguna mengua sobre los vencidos; pero no creemos de modo alguno que esta terrible desgracia pueda convertir en criminales á unos hombres que tantos sacrificios han hecho por la monarquía española, i que tantas i tan repetidas veces han cubierto sus sienes de gloriosos laureles.

El Dios de los ejércitos dispensa ó retira su patrocinio segun acomoda á sus altos juicios: los infinitos sucesos de la historia sagrada i profana nos recuerdan la facilidad con que el Autor supremo deshace los planes inventados por la soberbia, valiéndose á veces de medios, al parecer mui mezquinos, con el designio de dar una muestra mas positiva de su omnipotencia.

La batalla de Ayacucho se perdió contra las esperanzas aun de los vencedores i contra la creencia general de los pueblos de América i de Europa. Sus causas naturales, prescindiendo de la escision de Olañeta que fue el principal origen, é independientemente de la accion de Junin, sin cuya desgracia habria sido mui diferente la suerte de los realistas, fueron en nuestro concepto las siguientes: 1.^a El temerario arrojito del coronel Rubin de Celis, el cual comprometio los movimientos de la division Monet

hasta el punto de hallar este valiente gefe su destruccion á la otra parte del barranco que tenia á su frente en vez de los honores del triunfo con los que la fortuna debiera haber pagado tan ardiente celo i atrevido impulso. 2.^a El abandono que hizo la reserva de la ventajosa posicion en que estaba situada, con cuyo no bien calculado movimiento quedó el ejército sin un punto de apoyo para reunirse. 3.^a El precipitado ataque de la caballería realista por los motivos espresados, sin haberse podido formar mas que cuatro escuadrones contra duplicadas fuerzas de los contrarios. 4.^a La desacertada i tardía aproximacion de la artillería á un campo que ya estaba teñido con las manchas de la desgracia, por cuya razon fue tomada en su mayor parte antes de haberse descargado de las mulas. 5.^a La mala calidad de las tropas, por lo que no fue posible corregir aquellos errores, ni reunir las de nuevo despues de haber sido batidas.

Hé aquí las verdaderas causas de la pérdida de la batalla de Ayacucho: no se perdió, pues, por falta de decision i de celo por la causa que se defendia, i sí por esceso de ardor, de confianza i de arrojo. Rubin de Celis murió como un temerario á la cabeza de su batallon; el general Monet fue herido al frente de su division haciendo prodigios de valor; el general Canterac se comprometió personalmente con la reserva llevado de su extraordinario ardor para remediar el desórden introducido en la division del centro: á Carratalá i Villalobos se les vió constantemente en los parages de mayor riesgo: los brigadieres Ferraz, Bedoya, i García-Camba á la cabeza de la caballería hicieron terribles, pero infructuosos esfuerzos contra fuerzas duplicadas: los de igual clase Pardo, Atero, i Cacho se condujeron con el honor que les era propio, aunque no pudieron desplegar todos los recursos de su ingenio: el general i los gefes de la vanguardia se batieron desesperadamente i con tanto acierto, que si no ocurren las faltas indicadas por el centro, habria sido decisivo su triunfo, habiéndose distinguido mui particularmente el comandante don Antonio Azpiroz, que supo en esta ocasion conservar el pomposo título de primer soldado de la division, que habia obtenido en la guerra de la independencia de la península: el virei finalmente cargado de años i de servicios, i entusiasmado al ver el peligro de su ejército se metió como un granadero en medio de las tropas contrarias, por las que fue hecho prisionero despues de haber recibido seis heridas.

De la anterior relacion, para la que hemos consultado, la obra del general Miller que se halló en la batalla, i los partes del general Sucre i del Estado mayor, así como otras memorias redactadas bajo el influjo de los insurjentes, resulta que los generales i gefes españoles desplegaron en esta desgraciada batalla cuanta energía, actividad i valor caben en militares esforzados i pundonorosos; les persiguió la dura suerte del destino i fueron completamente derrotados.

Mil cuatrocientos muertos, entre ellos seis gefes i un escesivo nú-

mero de oficiales, 700 heridos, inclusive 2 generales i 3 gefes, un inmenso número de prisioneros, 2500 fusiles, toda la artillería que consistia en 11 piezas, pues que las 5 restantes habian quedado rezagadas por cansancio de las mulas, i cuantos pertrechos guerreros pertenecian á aquel brillante ejército fueron los gloriosos trofeos conseguidos por los insurgentes en esta reñida i sangrienta batalla, que puso á los mismos 1000 hombres fuera de combate, segun sus mismos partes, sobre cuya fe descansan estos detalles.

Dicha batalla fue completa i decisiva para las armas de la república: todo lo perdieron en ella los españoles; por mas esfuerzos que hicieron para contener los dispersos, tan solo habian podido reunir de 200 á 300 caballos; todos los demas habian huido perseguidos vivamente en todas direcciones por los vencedores orgullosos. En esta crítica situacion i replegados los generales i gefes con bastante número de oficiales á la posicion que habia escogido el general en jefe Canterac llegó un ayudante de La Mar ofreciéndoles una generosa capitulacion.

Este fue el momento terrible i mas doloroso para aquellos generales i gefes: rendir las armas que con tanto lustre habian manejado hasta entonces, i verse precisados á implorar del vencedor honrosas condiciones que hicieran menos sensible su desaire, son verdaderamente sacrificios los mas costosos que pudieran imponerse á militares engreidos con la fortuna. Su posicion era sin embargo tan triste i deplorable que podia considerarse como una gracia cuanto les fuera otorgado por el orgulloso enemigo. Persuadidos, pues, de que todo esfuerzo que se hiciese en tan desastrosa crisis habia de empeorar notablemente su posicion individual sin que resultase provecho alguno á las demas tropas ni á los pueblos, se acordó en junta de gefes que se procediese á la capitulacion.

Habiendo pasado con este motivo al campo insurgente, los generales Canterac i Carratalá estendieron de acuerdo con el general Sucre, las condiciones de ella, que fueron transmitidas á la una de la mañana á los gefes realistas. Despues de haberlas éstos examinado detenidamente i de haber hecho las observaciones que juzgaron mas necesarias las devolvieron á las seis de la misma mañana, i á las dos de la tarde se firmó definitivamente dicha capitulacion que tantas cuestiones ha suscitado en el mundo político.

La garantía de propiedades i personas; la obligacion por parte de los independientes de costear el pasaje á todo individuo del ejército español que quisiera regresar á la península; la de permitir que todo buque de guerra ó mercante pudiera proveerse de víveres en cualquiera de los puntos de la costa i regresar libremente á Europa; la conservacion de honores i distinciones segun el rango de los rendidos; la aquiescencia á considerar como peruanos á todos los que habian seguido el partido del Rei i de admitirlos en sus filas con sus mismos grados si querian incorporarse á

ellas; la tolerancia absoluta de opiniones i hechos anteriores; el suministro de algunas sumas para pagar los atrasos i para sostener á los capitulados hasta que se verificase su salida del territorio, fueron las ventajas obtenidas por los realistas en medio de su forzada posicion.

Quedó sin embargo rebajado el mérito de estos tratados con la cesion que se hizo en ellos de todos los paises que todavía estaban dominados por las armas del Rei i con incluir en esta capitulacion á los individuos que los guarnecian. Los gefes realistas tendrian tal vez poca repugnancia en firmar tan dura condicion al considerar que no sería obedecida, porque carecia este documento de la sancion del virei, i porque aun en el caso de ser obedecida, ningun perjuicio se originaba á la causa del Rei, pues que toda resistencia que se intentase por las débiles fuerzas que se hallaban aun fuera del influjo de los insurjentes habia de ser infructuosa, i de ningun modo podia contener la marcha del ejército victorioso. En virtud, pues, de esta capitulacion quedaron prisioneros de guerra los generales Canterac, Valdés, Carratalá, Monet i Villalobos, los brigadieres Ferraz, Bedoya, Somocurcio, Cacho, Atero, Landazuri, García Camba, Pardo, Vigil i Tur, i cuantos gefes, oficiales i soldados se hallaban con las armas en la mano, aunque la mayor parte en estado de dispersion.

Así terminó esta desgraciada batalla sin que se hubieran salvado de ella sino mui pocos individuos que por haber tomado una fuga anticipada, ó por ir mejor montados pudieron llegar al Cuzco con bastante trabajo. Increíble parece que la pérdida de una accion, aunque reñida i sangrienta, haya tenido resultados tan decisivos: otras veces hemos visto ser batido un ejército ó una division i replegarse una parte de sus tropas á algun punto designado de reunion. Por mas que algunos se esfuercen en probar que no era practicable dicha retirada sobre el Cuzco, nunca podrán convencer nuestro ánimo en esta parte, aunque se quiera pintar como desesperada la posicion de los negocios, i á pesar de la general sublevacion de los pueblos de retaguardia. La causa principal de no haber intentado dicha retirada unos gefes que habian dado tantas pruebas de intrepidez i arrojo, fue en nuestro concepto porque ningun resultado favorable podian prometerse hallándose en pugna con el general Olañeta que habia quedado mandando el Alto Perú.

Los gefes i oficiales del virei Laserna se hallaron en la dura alternativa ó de caer en manos de Sucre ó en las de Olañeta; prefirieron lo primero, seguros de hallar entre los enemigos la seguridad que temian les fuera negada por su terrible antagonista. He aqui el término fatal de aquella malhadada escision. Es mui probable que si hubiera habido armonía entre unos i otros habrian podido los vencidos en Ayacucho rehacerse mas allá del Desaguadero replegando sus dispersos, i las guarniciones del Cuzco, Arequipa, Puno i demas puntos, así como el cuerpo que mandaba el teniente coronel Miranda en las orillas del Apurimac i

otros. Reunidas estas fuerzas con los 4000 hombres de Olañeta habrian podido sostener el campo con honor hasta la llegada de nuevos auxilios de la península, i tal vez volver á tomar su antigua preponderancia sin mas recursos que los del pais.

Repetimos, pues, que las discordias entre las tropas del virei i las de Olañeta fueron la causa primordial de la pérdida de la batalla de Ayacucho i de la cesacion de la autoridad real en el Perú. Creemos haber dicho lo bastante sobre los funestos efectos de esta lucha de opiniones i desacuerdo de pareceres para que todo militar que desee servir con celo á su Rei i á su patria huya de tan terribles escollos.

El general Alvarez, que convalecido ya de una grave enfermedad habia vuelto á tomar el mando del Cuzco en 14 de diciembre, no tuvo conocimiento de la batalla de Ayacucho hasta el 16 en que llegó el primero de los dispersos del ejército, comandante García. Reunida en el acto una junta de gefes militares i civiles de acuerdo con la Real audiencia, se determinó nombrar virei del Perú al mariscal de campo don Pio Tristán, que se hallaba en Arequipa como el mas antiguo de aquella clase, rogándole con el mayor encarecimiento se encargara del mando i tomara las medidas de actividad i energía que se requerian en tan críticos momentos.

Se dispuso asimismo officiar á los generales Olañeta i Maroto, comandante general el primero de las provincias del Alto Perú, i el segundo de la de Puno, para que dejando á un lado toda clase de discordia privada trabajasen con la mejor armonía por remediar en lo posible los males que debia producir la citada derrota de Ayacucho. Iguales avisos se dieron á los respectivos intendentes i al comandante general de las fuerzas navales de S. M. en el Pacífico; i finalmente adoptó dicha junta, bajo la direccion del fiel i celoso presidente Alvarez, cuantas medidas de precaucion i vigilancia estuvieron á su alcance.

Escribió por separado este general á Tristán aconsejándole la evacuacion de Arequipa i su repliegue á Lampa, á donde habria él concurrido con todas las fuerzas de su provincia si se le reunian los 1000 dispersos que suponía el comandante García estaban caminando en direccion de dicha ciudad del Cuzco. Aconsejaba asimismo á Olañeta se adelantara con la mayor parte de sus fuerzas ácia el Desaguadero; i encargaba á Maroto se aproximara al citado punto de Lampa para sostener su retirada. El coronel San Juanena, que habia sido nombrado para tomar el mando del batallon de Miranda, no quiso admitir este encargo por ser juramentado de tiempo anterior, i se escusaron alegando otras causas tres individuos de igual graduacion que venian huyendo del campo de batalla.

A pesar del empeño de las autoridades en tener encubiertos los tristes sucesos de Ayacucho, fueron traslucidos mui pronto, i con igual

rapidez cundió por el pueblo la agitacion i el desorden. Cuando se trató de retirarse á Lampa con todo el parque, efectos públicos, i equipages creció la inquietud de los habitantes i el desaliento general, aumentado por las noticias de la sublevacion de los pueblos inmediatos, en cuyas manos se temia que habian de caer aquellos convoyes. Pocos eran los soldados que inspirasen la debida confianza, i estos pocos era preciso que sucumbiesen al pronunciamiento general á favor de los rebeldes.

Se hallaba en el pueblo de Sicuani el depósito de los granaderos de la Guardia, compuesto en su mayor parte de reclutas; i aunque el comandante Martin salió por encargo del general Alvarez á formar en dicho partido un escuadron á fin de volver á reforzar su guarnicion, lejos de realizarse este proyecto tuvo el desconsuelo, del mismo modo que el comandante Sanchez, de ver dispersada toda su gente que habia perdido ya su respeto á los españoles. Sublevada á su consecuencia la capital del partido de Tinta, se propagó este mal por todos los inmediatos.

No se descuidó Alvarez en dar las disposiciones necesarias para que la guarnicion del Callao estuviera oportunamente informada de los heroicos esfuerzos á que era preciso apelar para sostener la autoridad real tan inesperadamente atropellada. Se adoptaron otras muchas i eficaces providencias relativas á sacar el mejor partido de la crítica posicion de los negocios; mas todo era en vano: faltaba la opinion en los pueblos; faltaban elementos de defensa; faltaba asimismo la activa cooperacion entre los diversos gefes; i sobraba la desconfianza de resistir al victorioso enemigo, prevaleciendo la creencia general de que iban á ser infructuosos i aun reprehensibles cuantos sacrificios se hicieran para contrariar la predominante causa de la independencia.

Las fuerzas con que se podía contar en estas provincias cuando ocurrió la batalla de Ayacucho, eran las siguientes: un piquete de artilleros i dos compañías de inválidos: un escuadron del Rei ó de Cochabamba incompleto en su número, armamento i vestuario, provisto de malos caballos, i de espíritu poco favorable á la causa del Rei: un piquete de dragones reforzado con los enfermos del ejército i con algunos reclutas que formaban un total de 130 hombres, subdivididos en varios puntos: el batallon de Huamanga, que si bien constaba el dia 20 de diciembre de 1016 plazas, escasamente habia entre ellos de 6 á 700 hombres útiles para el servicio con poco mas de 400 fusiles en estado hábil: el batallon que mandaba Miranda, compuesto de pequeños cuadros del ejército, en su mayor parte de reclutas, de modo que de 700 hombres que formaria toda su fuerza ácia este tiempo, escasamente podia contarse con 200 individuos útiles i de confianza.

No eran estos los elementos que se necesitaban para detener el curso de la adversa fortuna: todos estos cuerpos i destacamentos habrian podido prestar importantes servicios si las armas españolas hubieran continuado

en su anterior preponderancia; pero de ningun modo podia esperarse hallar en ellos puntos de apoyo i de salvacion. Asi pues, todo el celo, el empeño i los denodados esfuerzos del general Alvarez i de otros gefes españoles no produjeron mas resultado que el de dejar bien cimentada su opinion política i militar, i el de acreditar que la cesion ó entrega pactada en la capitulacion de Ayacucho de las tropas i pueblos que reconocian la autoridad real no tuvo mas objeto que el de presentar al enemigo como un acto de generosidad lo que nadie podia disputar á su irresistible impulso.

Los enemigos habian puesto ya en marcha desde el dia 12 una columna desde Huamanga al mando de Gamarra sobre el Cuzco, como vanguardia del ejército que al mando de Sucre iba á tomar igual direccion. El ya citado Miranda, que se habia replegado á Mollepata, rechazó con entereza la primera intimacion que le fue remitida para que se sometiera á la capitulacion; pero cuando vió que tan solo habian llegado á reunirse á sus filas 75 soldados de los dispersos de Ayacucho, perdida ya la esperanza de formar un centro al que se abrigasen todos los que se hubieran salvado de dicha batalla, cedió al torrente de los sucesos i rindió las armas.

Habiendo llegado al mismo tiempo al Cuzco la mencionada capitulacion, dirigida por el general Canterac, se convocó otra junta, de la cual resultó el que se vieran precisados á reconocerla, atendida la ostruccion de todos los medios para hacer una obstinada defensa, careciendo de noticias del nuevo virei Tristán i de los ausilios que podia suministrar el general Olañeta, que era el único que tuviera los medios de dar alguna vida al moribundo partido realista.

El general Alvarez hubo asimismo de renunciar á su idea de retirarse en busca de dichos gefes cuando sobre las razones ya enunciadas le significaron los comandantes de artillería i del batallon de Huamanga que ellos no respondian de sus tropas si se las ponía en marcha. Contribuyó asimismo á tomar esta resolucion la noticia de haber salido el general Maroto de la ciudad de Puno, i de la sublevacion efectuada á su consecuencia por las mismas tropas realistas, las que poniendo en libertad á los prisioneros i á su cabeza al general insurgente Alvarado que se hallaba entre ellos, dieron nuevas garantías á la solidez del partido independiente.

El general Tristán, que habia recibido el 21 el nombramiento de virei que le habia sido remitido por las autoridades del Cuzco desplegó en los primeros dias la mayor energía á favor de los reales derechos, prestó é hizo prestar nuevo juramento de fidelidad al Monarca español haciendo solemnes protestas de sacrificarse en su defensa; mas cuando vió el lamentable estado que presentaban los negocios i la ninguna apariencia de que sus esfuerzos pudiesen mejorarlo, determinó entrar en comunicaciones con Sucre i Bolivar esperando que por este medio podria ser mas util á los desgraciados españoles, como lo fue en efecto en el acto de embarcarse

éstos para la península. Aunque estuvo en su arbitrio seguir esta misma suerte, prefirió la de quedarse en el país por no abandonar sus cuantiosos bienes, cuya consideración le obligó á prestar juramento de fidelidad á los independientes.

Gamarra entró en el día 24 en el Cuzco con las tropas de vanguardia, i lo verificó á su continuación el general Sucre con todo el resto del ejército. Esta capital dió aun en esta terrible crisis inequívocas pruebas de sensatez i de respeto á los gobernantes españoles i demás individuos comprometidos por el partido vencido: las tropelías i persecuciones, tan comunes en tales casos, quedaron reservadas para las tropas orgullosas. Aunque los gefes realistas habian exigido inmensos sacrificios de esta provincia, pues no bajaron de 12000 hombres los que tomaron para el servicio de las armas en los últimos cuatro años; i aunque en esta misma proporcion se hicieron las demás requisiciones de metálico, víveres, acémilas i otros ausilios, se habia procurado establecer las bases justas en su repartimiento, se habia dado un carácter de moderación i de dulzura á estas exacciones, i se habia hecho lo posible para separar la parte odiosa ó irritante, de modo que sus habitantes no guardaban el menor rencor contra unos gefes que aun en el acto de dar ejecución á las órdenes más duras i costosas habian usado de medios suaves i contemplativos para hacerlas menos sensibles.

El virei Laserna i varios generales, gefes i oficiales capitulados se dirigieron inmediatamente á la costa i principiaron á embarcarse para la península en los primeros días del mes de enero de 1825, i sucesivamente lo practicaron los demás.

Al tercer día en el que se hizo á la vela la fragata francesa la *Ernestina*, á cuyo bordo se hallaban dicho virei, los generales Valdés, Maroto i Villalobos, los brigadieres Ferraz i Landazuri, i otros varios gefes i oficiales, fue detenida por el bergantin insurgente de Chile el *Galvarino*, cuyo comandante quiso obligar á Laserna á espedir las órdenes para que el gobernador de Chiloe rindiera aquellas islas á los enemigos. La entereza de dicho general i su firme oposición á tamañas proposiciones habria podido serle mui funesta sin la intervencion del capitán francés i sin sus vigorosas protestas contra el desacato que se pretendia hacer al pabellon de su nacion. Asi terminó Laserna su carrera de virei, siendo de notar que este fue el único de su clase que haya sellado con su sangre su fidelidad en el campo de batalla, i el único que dejase su puesto con un atraso de cerca de 200.000 pesos procedente de sus sueldos.

A fines, pues, del año 1824 no tenian los independientes mas obstáculos en su nueva carrera de triunfos que los defensores del Callao i las tropas de Olañeta: de éstas i de aquellos se tratará en el próximo capítulo.